



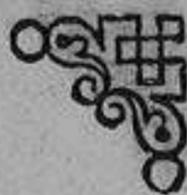
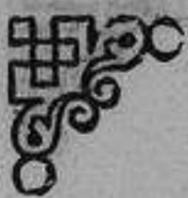
A. S. M. EL REY



ALFONSO EL GRANDE

POEMA HISTORICO





ALFONSO EL GRANDE

Propiedad de la Autora.

ALFONSO EL GRANDE

ALFONSO EL GRANDE
LA S. DE EMILIA SUZARNO DE WILSON

PARIS — 1888

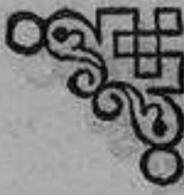
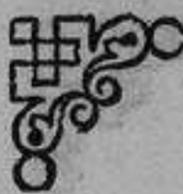
PARIS — 1888

PARIS — 1888



PARIS. — TIPOGRAFIA DE WALDER; CALLE BONAPARTE, 44.





ALFONSO EL GRANDE

POEMA HISTÓRICO

DEDICADO

A S. M. LA REINA D^a ISABEL SEGUNDA

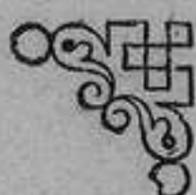
POR

LA S^a D^a EMILIA SERRANO DE WILSON.

Con 12 notas históricas.

PARIS — 1860

12



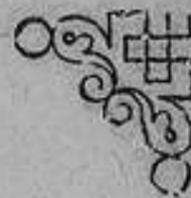
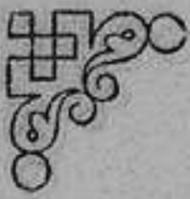
DOS PALABRAS DE LA AUTORA

Al publicar este pequeño poema, hubiera podido presentarlo precedido de un prólogo, por uno de nuestros mas conocidos escritores, el cual con su nombre hubiera escudado los defectos de mi juvenil imaginacion é inexperiencia.

Pero he calculado, que nuestra augusta y bondadosa Reina, sabria dispensar el desaliño de estos versos, colocados bajo su real proteccion.

Como Española, he deseado cantar las glorias de mi país, guiada solo por mi inspiracion y por el entusiasmo que desde muy niña, sentia mi corazon, al leer los heróicos hechos de Gonzalo de Córdoba, el

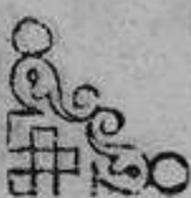


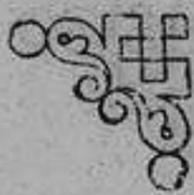
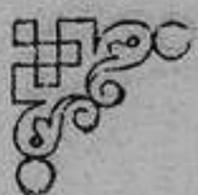


marqués de Cádiz, y tantos otros que han honrado á la España.

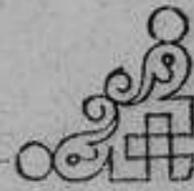
Las conquistas de « Alfonso el Grande, » su generosidad y su nobleza, me han parecido dignas de cantarse, aunque merecian otra pluma de mas valia, que la de una escritora demasiado jóven, para tan gran empresa.

Si consigo que esta obrita, sea recibida con indulgencia, será la recompensa mas querida, para mi corazon.





DEDICATORIA



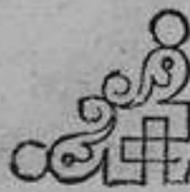
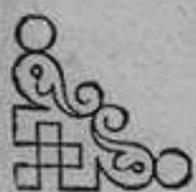


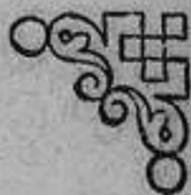
DEDICATORIA

A S. M.

LA REINA D^a ISABEL SEGUNDA DE BORBON.

Sagrada inspiracion, baja del cielo,
Y el rudo plectro de mi mano guia;
Préstale impulso de mi mente al vuelo,
Y á mi voz femenil, viva energía;
Ven en mi ayuda, que cantar anhelo
Grandes hazañas que á la patria mia,
En los anales de la antigua historia,
La han colocado con eterna gloria.

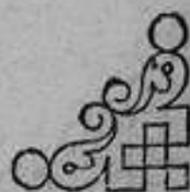
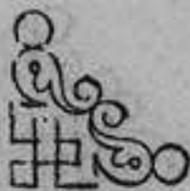




Desciende, inspiracion, mi pecho y mente
Con vivos rayos de tu disco inflama,
Refleja luego en mi española frente
De tu entusiasmo la divina llama;
Bulla en mi corazon la sangre hirviente,
Y la rojiza abrasadora flama
Que reverberan mis ardientes ojos,
A la lumbre del sol, sirva de enojos.

De este fuego al calor, mis pensamientos
Mire el siglo brotar como centellas
Y de mi voz los férvidos acentos,
Dejen al mundo luminosas huellas;
Remedando suspiros y lamentos
Disturbios y cuestiones y querellas
Que con perjuicio universal un dia,
La paz turbaron de la patria mia.

Mas á tí, ¡oh Isabel! mi Reina, acudo,
Bajo tu manto de bondad me acojo,
Sé tu, Señora, mi potente escudo
En esta empresa á que con fe me arrojo;
Y aunque mi ingenio es impotente y rudo
De « Alfonso el Grande » sin dudar escojo,
Entre los reyes de la edad pasada
Para en mis trobas, ensalzar su espada.



Que aqúeste nombre, tan glorioso y caro,
Que en estos cantos cariñosa arrullo,
Llevó un monarca, de la historia faro,
Y es de la patria de Pelayo orgullo;
Nombre que lleva el príncipe preclaro
Del jardín de tu amor tierno capullo,
Que entre las flores de tu eden descuella
Imágen viva, de tu imágen bella.

Nombre que brilla en la española historia
Y que entusiasta el español aclama;
Nombre en que cifra su futura gloria
Esta nacion que con ardor te ama;
Nombre que nos dejó grata memoria
Cuyo recuerdo el corazon inflama
De la española denodada grey;
Nombre que lleva mi futuro rey.

Hechicera Isabel, ¡oh! reina mia,
Benigna acoge las silvestres flores,
Que mi sensible corazon te envia
Aunque exahustas de aromas y colores:
Plantas enfermas que mi mente cria
En medio de mil duros sinsabores,
Mas que algo encierran de misterio, cuando
A tí, ¡oh Señora! sin temor las mando.

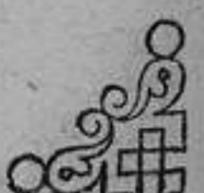
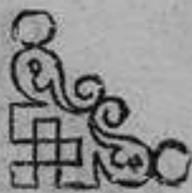


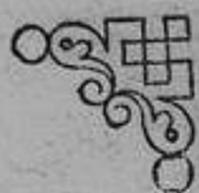
DEDICATORIA.



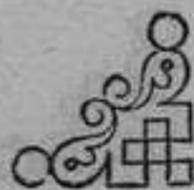
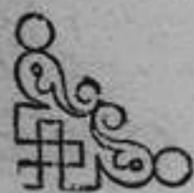
¿A quién mejor que á tí, que eres portento
De indulgencia y bondad, podrá mi lira
Dedicar el altivo pensamiento
Que el amor patrio sin cesar me inspira?
¿A quién mejor mi entusiasmado acento
Puédelo dirigir que á la que aspira
A mi patria encumbrar y enaltecerla,
Y grande, y fuerte, y poderosa hacerla?

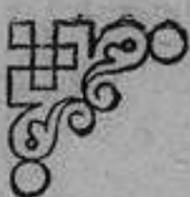
Tú, Segunda Isabel, cual la primera
Que tu nombre llevó, con vivo anhelo
De nuevos triunfos la gloriosa era
Le abre tu mano de mi patria al suelo.
Y pues que todo de tu afan lo espera,
Mi hispana voz con atrevido vuelo
Hasta el excelso trono se dirige,
De la matrona, que á la España rige.

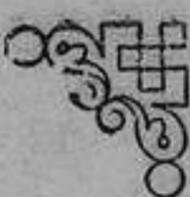




INTRODUCCION

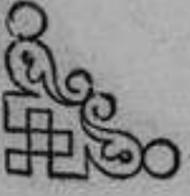




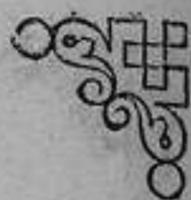
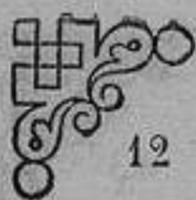


INTRODUCCION

Presta, augusta Isabel, atento oido,
A la tímida voz de esta cantora,
Que vió en tus reinos su primera aurora,
Y en tus reinos su cuna se ha mecido;
Tórtola ausente de su patrio nido,
Hoy vaga á orillas del hundoso Sena,
Y aunque carece de inspirada vena
Entre arrebatos de español orgullo,
Al aire lanza su filial arrullo
Con alma noble de entusiasmo llena.



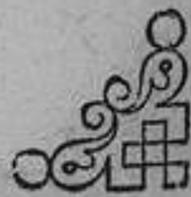




Que aunque me encuentro de mi patria ausente
A austera vida laboriosa dada,
Hácia los cuadros de la edad pasada
Curiosa vuelvo la mirada ardiente;
Y es de mi pobre inspiracion la fuente
No el lucro vil, mas la mundana gloria,
Relámpago fugaz, dicha ilusoria
Tras cuya sombra huyendo me aniquilo,
Y á ella camino, por el débil hilo
De esta curiosa interesante historia.

Es la España un rincon del continente
Europeo, de fértil rico suelo
Al que cobija un encantado cielo
Siempre puro y azul, siempre riente;
Con sus rayos el sol, bello, esplendente,
La mies anima que en sus campos brota,
Mies que el labriego sin esfuerzo explota
Y en sus montañas y en su llano ameno,
Se agita el aire de perfumes lleno,
Y allí jamás la inspiracion se agota.

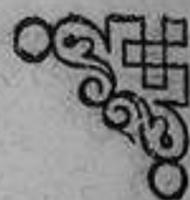
Crúzanla claros candaloñosos rios
Por entre calles de silvestres flores,
Y pueblan los arpados ruisseñores
Las copas de sus árboles sombríos.



Vega, monte, vergel, bosques umbrios,
Todo al deleite al corazon convida,
Que en su suelo feraz, Reina querida,
De rosas mil, se aspira la fragancia,
Y en su seno preñado de abundancia,
Todo respira animacion y vida.

Cuanto de Europa en el vetusto suelo
Nace, otro tanto la risueña España
Ostenta en su campiña y su montaña,
Que dones miles, prodigóla el cielo;
La planta que á favor del duro hielo
El frio Norte, en sus entrañas cria,
A la radiante luz del claro dia
Se eleva altiva en su templada zona,
Su pingüe fruto á su calor sazona,
Y al otro extremo de la tierra envia.

Del Africa la cándida palmera
De altiva copa y fruto regalado,
Sobre la alfombra de su verde prado
Descuella gigantesca y altanera;
Mil plantas con que América hechicera
De suyo sus comarcas engalana,
A cual mas esplendente, mas lozana
Brotan valientes en su clima ameno,

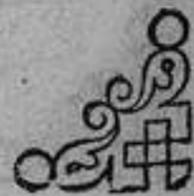
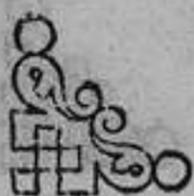


Y mil tambien que en su abrasado seno
Ostenta altiva la region indiana.

Y tiene al par sus frutos especiales
Que en sus entrañas exclusiva encierra,
Frutos que exporta á la remota tierra,
Y han adquirido nombres inmortales;
En su fragosa sierra cien metales,
Preciosa guarda que á explotar se aplica,
Y en pingües pastos y en ganados rica,
Carnes y pieles de su seno aborta
Con profusion, las que sin tregua exporta
Mas sin codicia de medrar trafica.

Y entre este bosque de lozanas flores,
¡ Oh ! hermosa España, tu mujer descuella,
Casta y sencilla, candorosa y bella,
Pero en sus ojos provocando amores;
Que de su roja lumbre á los fulgores
El mas helado corazon enciende,
Y en vano de sus rayos se defiende,
El jóven fuerte ó el anciano frio,
Que ora pinten pasion, ora desvio,
Con lazo amante y misterioso prende.

Gracia y virtud, talento y hermosura,
Limpieza suma y esmerado aliño,



Abnegacion, constancia en su cariño,
Distinguen á esa bella criatura ;
Su creacion la complació á natura
Dotándola de todas perfecciones,
Nacida para tiernas afecciones,
Desde la cuna hasta el sepulcro ama,
Y de este amor la refulgente llama
Diviniza sus mórbidas facciones.

Hija tierna á la par que fiel esposa
Está de aguestos á la voz sumisa,
Y perenne en sus labios la sonrisa,
Vagar se mira tierna y candorosa ;
Madre despues dulcísima, amorosa,
Los tres afectos en su alma aduna,
Y en contraria ó en próspera fortuna
De tierno amor su corazon deshecho,
Cuida de aquellos en el triste lecho,
Mima á sus hijos, en la tierna cuna.

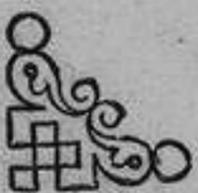
Dios y la patria y su familia amada,
Ilumnan el corazon de la española,
Y en su púdica frente la aureola
De esta triple virtud, brilla enlazada ;
De una alma grande por su Dios dotada
En el rigor de su ferviente duelo,



Busca en la fé su plácido consuelo
Vaga en la adversidad digna la frente,
Y resignada con el mal, prudente
Implora solo la piedad del cielo.

Mas ¡ay! de aquel, si en estas afecciones
Herir de España á la mujer pretende
O en su sensible corazon enciende
Vivo volcan de amargas decepciones;
Que mas valor no abrigan los leones
Que ella en su pecho generoso anida,
Y una vez pues en su afeccion herida
Nunca medita femenil venganza,
Mas en defensa de su amor se lanza,
En cien peligros á exponer su vida.

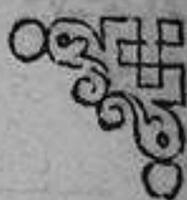
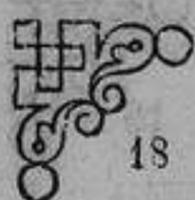
Y esta mujer tan noble y tan sensible
Concibe y alimenta en sus entrañas,
Al osado varon de las Españas,
De genio audaz, de arrangue irresistible,
Al robusto adalid, que hace temible
La vista de la ibérica bandera;
Al que á la altiva Roma resistiera
Y á sus legiones derrotara solo,
Al gran soldado, que de polo á polo,
Leyes al mundo con su espada diera.



Que apenas ¡ay! del maternal regazo
Sale el infante, de su mente el fuego
Le arrastra siempre en su inocente juego,
A dar vigor á su delgado brazo;
Adquiere agilidad, desembarazo,
Con sus amigos á luchar se agarra,
Jugando á un tiempo la pelota y barra
Así educando su valor y brio,
Y al sol expuesto y al punzante frio
Se robustece, su naciente garra.

Lo mismo el niño que en ebúrnea cuna,
La ilustre mano de princesa mece,
Que el desgraciado que entre harapos crece
Y agotan los reveses de fortuna;
Su inclinacion y su tendencia es una,
Su sueño es uno, y uno es su deseo,
Asir temprano el militar trofeo,
Pues sed de fama sin cesar le abate,
Y para el duro y bélico combate
Adiestrarse sin tregua en el torneo.

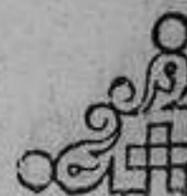
Y en los prados ibéricos se agita
Al efecto el corcel de noble brio,
Y el ágil sin rival toro bravio,
A quien la saña, el español irrita;



Y en ambos animales ejercita,
Sus naturales fuerzas el labriego,
Doma de aquel el devorante fuego
Con su talon armado de acicate,
Y al otro llama en singular combate
Y aquel furioso le acomete ciego.

Agil del toro, burla la pujanza
Solo por leve capa defendido,
O so el corcel espérale atrevido,
Armado el brazo de robusta lanza;
Furioso á él sin vacilar se avanza
El animal y el lidiador le espera,
Herido aquel se esfuerza y se embarrera
Donde mugir colérico se escucha,
Al sucumbir en la sangrienta lucha,
Que garras tiene el español de fiera.

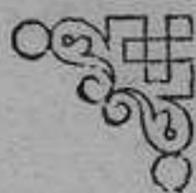
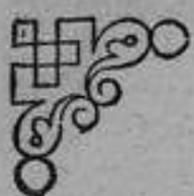
Desde niño avezado á la fatiga
Ninguna dura privacion le arredra,
Duerme tranquilo sobre helada piedra
Y como el lobo con su piel se abriga;
La sed y el hambre el español mitiga
Con cualquier fruto que á su paso halla,
Sufre reveses del destino y calla
Y ofuscado se apresta á la contienda,



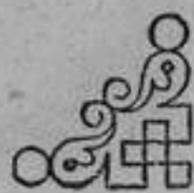
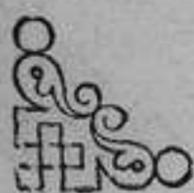
Sus vivos ojos, con su genio venda,
Y ciego embiste en la marcial batalla.

Sobrio y tenaz y brusco y esforzado,
Desde la infancia el español se muestra,
Como la espada, su fornida diestra,
Sumiso empuña el cándido cayado;
Mas una vez á la injusticia dado
No hay llanto ó ruego que su pecho ablande,
Venza, lo venzan, obedezca ó mande,
Su siempre vírgen voluntad de roca
Con arrogancia los extremos toca,
Que hasta en el crimen se aparece grande.

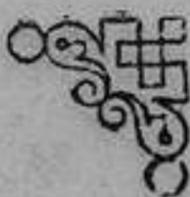
Mas no tal genio patrimonio ha sido
De hidalgos solos y plebeyas greyes,
Que han descollado sus insignes reyes
Y se han con fuerte corazon, batido;
La trompa de la fama ha trasmitido
Sus dignos nombres á la humana historia,
Que de victoria en inmortal victoria
Los ambitos del mundo recorrieran,
Y con su espada y con su genio hicieran,
Brillante, eterna, la española gloria.



CANTO PRIMERO.





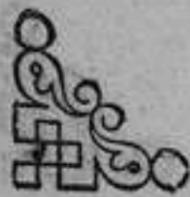


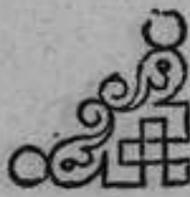
CANTO PRIMERO

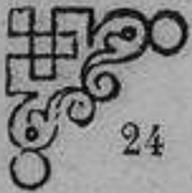
I

RESEÑA HISTORICA.

Nada hay estable bajo el claro cielo
Todo de Dios bajo la sábia mano
Perece en este suelo
Que por Adan su Creador maldijo ;
Nace su padre á reemplazar, el hijo,
Aqueste despues muere,
Y á su vez es del suyo reemplazado ;
La planta, el pez, el ave,

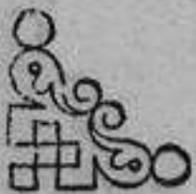






Todo cuanto ve luz, bajo la llave
Del sepulcro eternal, es encerrado;
Y cual vemos imperio tras imperio
Y al hombre y que á la planta
Entre las negras sombras del misterio
Confundirse y perderse con asombro,
Y de su pompa y refulgente gloria,
Nos dejan una página en la historia
De su grandeza, deleznable escombros.

Brilla el Egipto prepotente un dia,
La ley al mundo dá; se alza altanera,
Grecia con sus guerreros y sus sabios,
Sobre este pueblo, se levanta Roma,
Y del saber la iniciativa toma,
Vertiendo ciencia de sus ricos labios;
Erige monumentos inmortales
Que el hombre jamás vió, vence en la lucha
Al universo que tenaz se opone
A su carrera, y á sus piés le pone,
De Roma el nombre con pavor se escucha,
Mas cual la torre de Babel, levanta
El mortal siempre su mezquina obra
Que apenas el triunfo de sus armas canta,
Es por la voz divina interrumpido
Y con airado ruido,



Siente que el edificio se desploma
Que sus débiles manos levantaron;
Así el poder y vicios se acabaron
De Egipto, Grecia y la indomable Roma.

Tal en las manos de Witiza un día
La goda monarquía
A desquiciarse comenzó, Señora,
Que en su agitado corazón ardía,
La sed devoradora
Del placer sensual; la hispana grey
Al cetro esclavizada,
Contemplaba con tímida mirada
En uno mismo, su verdugo y rey.

Cede el tirano y su corona entrega
Por la fuerza á Rodrigo, cuyo encono
Del estado al regir, rompe sus quicios
Pues que Witiza, con sus negros vicios
Hále legado de Athaulfo el trono;
Sensualidad, pereza y abandono
Del nuevo rey el corazón anida,
La corte pervertida
Con tan penible ejemplo
Imitan luego á la pagana Roma,

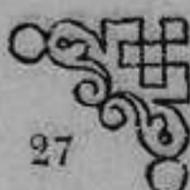
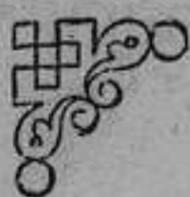


Y á Vénus quema su mejor aroma
Del Creador en el sagrado templo.

El lecho conyugal del ciudadano
Pacífico, el monarca
Invade sin ningun remordimiento;
É imprime aleve sin pudor vil marca
Su bárbara perfidia,
Sobre la noble frente
Del soldado magnánimo y valiente
Que por la gloria de su patria lidia;
La doncella gentil que brilla ufana,
En el hogar paterno,
Como en sus ramas el capullo tierno
De gaya rosa en su primer mañana,
Rodrigo en deshonar no se sonroja
Y la envenena con su impuro aliento,
Cual del otoño el enfermizo viento
La flor temprana sin piedad deshoja.

Y hay una flor de envenenada espina (1)
En su egregio jardin, cuyos colores
A su vista alucina;
Flor de gratos olores
Que entre mil flores orgullosa asoma,
Flor á los ojos grata,

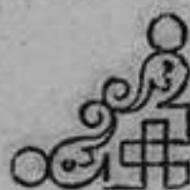
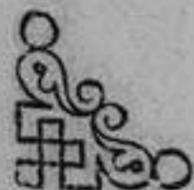




Mas si seduce con su vista, mata
Al que respira su vital aroma ;
Flor que en el tallo paternal existe
Y por quien este alcanzará algun dia
Fama infernal, celebridad bien triste ;
Es esta joya linda
Del conde don Julian hija adorada
Y la sin par Florinda,
Es en la córte con razon llamada.

De un sol radiante los matices rojos
Radia á esta flor que cándida descuella
De su monarca ante los torpes ojos ;
Fija lascivo su mirada en ella,
Al tropezarla al paso ;
Se encuentra el astro rey en el ocaso,
Y el capullo en su broche,
Ve con Rodrigo desplegar humbrio,
Manto de nubes, la callada noche.

.
Sola la gaya flor, la halla la aurora
Exánime, caída,
Sin aroma, marchita sin colores
Como la imágen de su nueva vida ;
Y el colorin esquivale su arrullo,
Sus halagos la blanca mariposa

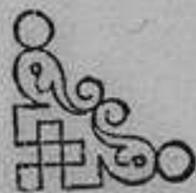


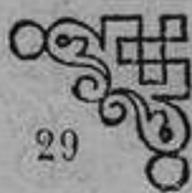


Aquesta triste y desmayada rosa
Que era ayer tarde del pensil orgullo.

El sol esconde su naciente rayo
Por no asistir á tan amargo duelo,
Y se oscurece con sus galas mayo...
En el nublado cielo
Mira la turba atenta,
Maligno un signo, que su azul empaña,
Misterioso anunciándole á la España,
Ocho siglos de horrisona tormenta.

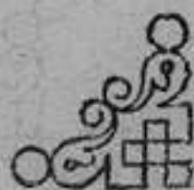
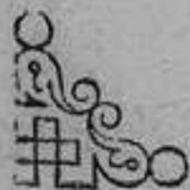
Campaba á la sazón la media luna
Con próspera fortuna,
Del africano suelo en la comarca;
Con ociosos y bravos escuadrones
Cuya vista llenaba de ambiciones
El alma y mente de su audaz monarca;
Desde los altos cerros descubria
A la luz clara del sereno día,
El despejado cielo,
Las bellas costas y el florido suelo,
De su rica vecina Andalucía.
Y ante tan puras galas,
Como el águila real su presa viendo
Se está astuta cerniendo

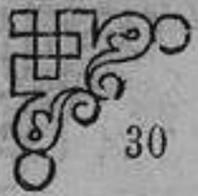




Con el apoyo de sus régias alas.
Vió el horizonte hispano oscurecido,
Sintió el fétido olor de la res muerta
Que el aire del estrecho
A su arbusto llevó, llega á la puerta,
De España entonces por Julian guardada
Y el indigno español, el mal cristiano
Tiéndele amiga la traidora mano,
Brinda á los moros, parricida espada.
Un vértigo le agita
Y ciego de furor, brillantes, rojos,
Piden venganza, sus airados ojos,
Venganza al moro, delirante grita.
— Venid, venid conmigo
Loco repite, mi venganza tarda,
Triunfe Mahoma y que mi patria arda,
Por ser la cuna, que meció á Rodrigo.

Taryf, al punto nuestro suelo invade,
Y del corazon seco
Del pérfido Julian, sale iracundo
Y resuena en el mundo
De sed de sangre y de venganza el eco.
Fiel Teodomiro, en su caballo monta
La lanza enristra y con audaz denuedo
Al enemigo numeroso afronta,





Ajeno el godo corazon, de miedo ;
Rodrigo en esto que el estruendo escucha,
Vuela á orillas del hundo Guadalete (2)
Y se prepara á la sangrienta lucha.
Mas tarde es ya ; la mano del destino
A la muerte le arrastra,
El moderno Tarquino
De godo haciendo y de español alarde
Preséntase en la lid buscando ansioso
Al conde vil que le creyó cobarde ;
Los hijos de Witiza de concierto
Con Don Julian, á su monarca tienden
Rastrero lazo y de la madre España
Con ambiciosa y vengativa saña,
La religion é independencia venden,
Y ejércitos y trono y monarquía
Pierde Rodrigo con la vida junto,
Mas no por cobardía,
Que no naciera para ser esclavo...
Antes bien, hace resistencia fuerte
Logrando digna y desastrosa muerte,
Que era español y por lo tanto bravo.

Rápida extiende, la falange mora,
Los tercios por dó quier, su enseña ondea
Altiva y vencedora,

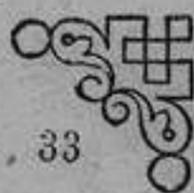
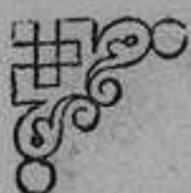


Por la culta ciudad, cual por la aldea,
Cual por el monte, por el fértil llano,
Con el Coran en la sangrienta mano,
Quiere de Cristo, sofocar la idea,
Ocupa las Españas
Rápidamente, hasta que al fin hallando
De Asturias las montañas
Párase al fin, que su indomable hijo
Cual Dios dijera al mar con vivo acento :
— De aquí jamás no pasarás, le dijo,
Desde Tubal á nos, extraña p'anta
A su suelo no holló. — Roma y Cartago
Nunca su gloria conquistar pudieron
Con la amenaza ni el fingido halago ;
Luchan, y en vano la morisca grey
Un paso avanza, ni arredrar consigue
Aqueste pueblo, de los pueblos rey ;
Antes bien los rechaza y los persigue,
Y le alcanza y le envuelve y le derrota
Y le vence y le humilla,
Que en sus ásperos cerros la semilla
De los gigantes de *Numancia* brota.

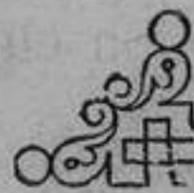
De estas montañas en el centro existe
Una ancha cueva á que con gran asombro
El extranjero á contemplar asiste

Y el español también; de ella cual rayo
Que de la nube aborta la tormenta
Cuando en el aire eléctrica revienta,
Salió iracundo el inmortal Pelayo,
Rabioso se revuelve, repeliendo,
La raza mora que rugiendo embiste
Al suelo astur y airado recorriendo
Rápido la montaña,
De cueva en cueva, de cañada en roca,
De sus hermanos el auxilio invoca
En nombre de Santiago y de la España;
Síguenle todos, el dominio extiende
Del pueblo Astur á quien su enseña guía,
Del roto cetro toma los escombros
Y el trono de una nueva monarquía
Levanta altivo en sus robustos hombros.

Reina, mas muere con dolor eterno
Del trono hispano, cuyo cetro empuña
Su hijo *Favila*, para el mando aun tierno
Y en breve pasa al eternal reposo
Al disfrutar los goces de la caza,
En él cebando su colmillo un oso.
Alfonso le sucede,
El *católico Alfonso*, á quien ninguno
En el valor, ni en la prudencia excede;



Corre á Castilla y Portugal, proclama
En ambos del Señor la sacra ley
Y á este piadoso Rey
El « Católico » al fin, la historia llama.
Muerto, al solio se eleva
Que el padre deja con poder y gloria
El místico *Fruela* :
Un tumulto intestino
Que dirige el inquieto Vimarano,
Contra el monarca su señor y hermano
▪ Ambos prepara desgraciado sino,
Con la muerte el monarca, le castiga,
Mas la turba en su centro se cobija
Y abre su corazon hierro asesino ;
Silo le sigue y como vana sombra
Sin dejar rastro por el mundo cruza,
Y su sobrino el que la historia nombra
Alfonso el Casto, en interior contienda (3)
Disputa el trono al fiero Mauregato
Antes que al solio ascienda,
Lidia venciendo y de la raza mora
Enfrena el fuerte brio,
Extiende de su secta el poderío,
Y en medio de su dicha refulgente
Al belicoso y rígido monarca
Sorprende airada la traidora parca,
Con la corona en su gloriosa frente.





Ciñe *Ramiro* la inmortal diadema,
Que Alfonso le legara
Y cuyo vivo resplandor ya quema
La rica mies de la árabe campiña...
La espada empuña con valiente mano
De Salamanca las montañas toma,
Invade sierra y llano
De la Castilla y de botín y gloria
El gran monarca lleno
Muere tranquilo en el paterno seno,
Sobre el laurel de su inmortal victoria.
Ordoño su hijo amado
Del padre hereda con el trono el brio,
Político á la par que hábil soldado,
Blando, dulce en la paz, duro en la guerra,
Logró ser en la tierra
Padre del pueblo, con razón llamado;
Mas la muerte en acecho
Con su segur está, y al rey descarga
Su golpe audaz y en su tranquilo lecho
Le mata y viste la nación de luto.
De su unión conyugal de sus amores,
Solo obtuvo un tributo
Un hijo tierno, bendecido fruto
Que protegiera cariñoso el cielo;
Lozana flor de mayo
Que el sol dió abrigo con su tibio rayo.



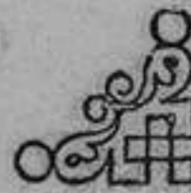
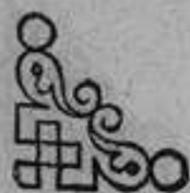


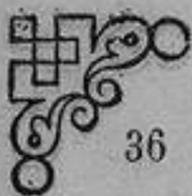
Siendo el orgullo del cantabrio suelo;
Esta rosa al abrir, vertió su aroma
Y á España embriagó, tanto era fina
Y el pueblo con amor la acariciaba,
Pues ni en su tallo, ni corola hallaba
Enfermas hojas ó punzante espina.

II

USURPACION DE FRUELA

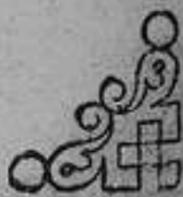
Que era el príncipe Alfonso, un gentil mozo
Con la pericia y gravedad del sabio,
Aunque en su tierno labio
Aun entonces no asomaba el bozo;
Y pues que legislar eran sus fines
Y á España redimir, como soldado,
Siempre se hubo mostrado
Poco amante de danzas y festines,
De Dios seguir la sacrosanta ley
Y el bien del pueblo hacer, eran las miras
En que cifraba su deber de rey;
Y á otras mil bellas prendas reunia





Inteligencia asaz, alma esforzada
Y férrea diestra á batallar llamada
Que un fogoso corcel hábil regia;
Como su padre Ordoño, era prudente
Y era en la guerra fulminante rayo,
Magnánimo á la par que era valiente
Ciñó con gloria su española frente,
La gran corona que ilustró Pelayo.

Mas era un tiempo de terrible prueba
El en que Alfonso al trono se encumbrara,
Que el español viciado
Del mal ejemplo de la raza mora,
De la senda del bien vióse apartado;
Celos y envidias, y feroz encono,
Vicios y ambicion, cólera y saña
A la sazón en la cristiana España
Temblar hicieron del monarca el trono;
Se alzó la rebelion, de la tormenta
Salió Fruela y arrastró en su ayuda (4)
Ciega falange de Galicia afrenta;
Sorprende audaz la descuidada Oviedo,
Rompe sus puertas de improviso, impone
Con su sorpresa á la ciudad el miedo,
Huye el jóven monarca y se dispone
Al extranjero abrigo,



La fuerza á repeler y en la pelea,
Como soldado de valor, desea
Dar á Fruela un ejemplar castigo.

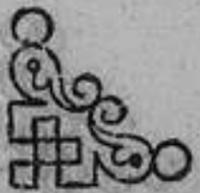
Aqueste de una turba se rodea
De cortesanos que por rey le aclaman,
Mas todos sienten insaciable encono
Que en derredor del usurpado trono
La sangre amiga, con placer derrama;
Así tambien un dia
Calígula gozó, sangre vertiendo
Con que embriagarse y olvidar queria;
Así Neron, por su iracundia ciego,
Tea incendiaria toma
En su mano cruel y con sosiego
El arpa pulsa contemplando el fuego
En que se abrasa la afligida Roma;
Mas hay un Dios que los minutos cuenta
De la vida internal de los tiranos
Un Dios, que á todos su poder alcanza
Y para en estos ejercer venganza
Arma del siervo la cobarde mano.

Es una noche de borrasca horrenda;
El huracan se agita
Con ruidoso furor, de Oviedo en torno



La lluvia sin cesar se precipita ;
Como las llamas que despide un horno
Ilumina el espacio
El relámpago al par que ruge el trueno ;
De hombres un grupo de zozobra lleno
De Fruela conspira en el palacio ;
Uno muestra un puñal que resplandece
A la siniestra luz de una bugía
Cuya lumbre decrece
Y reflejos despide que ondulante
De aquestos conjurados,
A audaz empresa peligrosa dados,
Ilumina los pálidos semblantes.

— Muera el tirano, que lanzara al rey
Del refulgente trono, que ilustrara
Su augusto padre con la hispana grey ;
Airada una voz dijo
Y otra voz añadió : — Luchar debemos
Muramos, ó ese cetro restauremos
Que el buen Ordoño le legó á su hijo ;
Y uno altivo gritó : — Mi sangre en fruto
De nuestra causa con orgullo doy,
Dispuesto, hermanos, con mi acero estoy
A abrirle el pecho como á César, Bruto.
— Jamás, otro gritó, tan baja idea

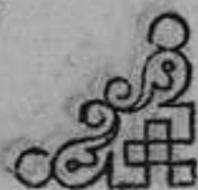




No está en mi mente... que el feroz tirano
Víctima innoble del verdugo sea
Y en nos Pelayo desde el cielo vea
Siempre sin mancha la paciente mano.
Y aquesta turba de Fruela esclava
En la medrosa noche discutiendo
Se oía, en sorda rebelion, rugiendo
Como el volcan la abrasadora lava.

Entre tanto Fruela,
En mullido sillón de raso y oro
Meditabundo y cabizbajo vela,
Recia borrasca desatarse siente
Allá en su corazón empedernido,
Pálida está su frente •
Torba su vista y con atento oído
Como la fiera en su guarida escucha
El mas leve rumor, y en vano lucha
Con mil recuerdos en que está sumido.
— Dónde ese Alfonso está, triste murmura
Ocultando su faz; nadie le nombra
En mi presencia, mas mis huellas sigue...
Y en mis noches de insomnio me persigue.
¡ Se ha trasformado de mi cuerpo en sombra !

Entra á su aviso en la lujosa estancia
Vil cortesano, en cuyos ojos brilla





La luz de la ambicion y ante Fruela
Doblando la rodilla
La frente y alma humilla;
Besa sus piés, como el humilde perro
A la mano del dueño ganadero,
Lame servil, de su cadena el hierro.
— Señor, mandad, exclama.
— Voy á dormir, contéstale Fruela,
Leal mi sueño vela,
No te separes de mi régia cama.
Sé, que entre mis vasallos se medita
Crüento plan, constante se me acecha,
Confio en tí... á la menor sospecha
Lámame pronto y á las armas grita.

El fiero usurpador, tendióse luego
En su lecho de abrojos
Y revuélvese en él, se afana y suda
Para el sueño gozar, de sitio muda
Y al fin entorna sus alevés ojos;
Tarda respiracion, su pecho oprime
Aliento jadeante
Brota su labio, en su feroz semblante
Sello de horror la pesadilla imprime;
Tales las dichas son sobre la tierra
De los al crimen ó injusticia dados
La sombra les aterra



Su corazon devórale el delito,
Que en vano el hombre los oidos cierra
De su conciencia al imperioso grito.

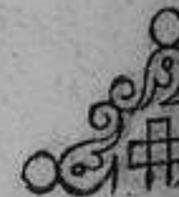
Fruëla descansa ya... lámpara triste
Radia su torva faz que de Fruëla
Sombrío está cuanto en contorno existe
La mirada del hombre que lo vela,
Há poco tan risueña y expresiva
Se torna vengativa,
Cobra aspecto feroz; rayos de enojos
Denuncian á su dueño,
Y de enemigo se revela el ceño
Rencor respiran sus rojizos ojos;
Se acerca á su señor con paso blando
Que apenas siente la sedosa alfombra
Un homicida acero acariciando...
Reprime el tardo aliento
Su corazon de pronto se estremece;
Sigue rugiendo la tormenta, el viento
A los vidrios azota
De las régias ventanas
Y una de aquestas á su impulso rota
Paso dá al huracan, la antorcha muere
Relámpago fugaz solo ilumina
Tan borrascosa escena...

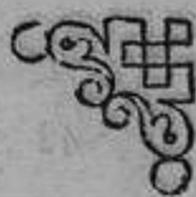


El centinela, al lecho se encamina
De su señor, con ademan insano;
Baña á su rostro sofocante lava,
Y al pavimento su pavor le clava
Tiembla el puñal en su cobarde mano!

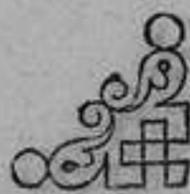
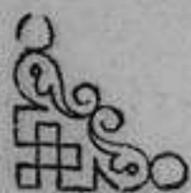
.
.

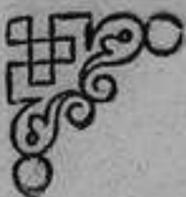
De Fruëla los ojos
Ha advertido brillar, cual los de tigre
De sed de sangre y de matanza rojos;
Mas de repente con ruidoso estruendo
Es la estancia asaltada,
De extraña gente armada
Que furiosa se agita
Y mientras tanto que venganza grita,
Esgrimiendo el acero,
Crece el fragor del trueno que iracundo
Desgarra nubes mil; recio aguacero
Sobre el palacio cae,
La elevacion le atrae
Furioso el rayo que en el aire zumba;
Arde en discordia como hirviente horno
Y de sus muros y techumbre en torno
Eco de muerte sin cesar retumba...





CANTO SEGUNDO



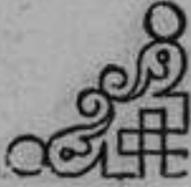


CANTO SEGUNDO

I

VUELTA DE ALFONSO AL TRONO.

No apartes ¡oh Isabel! tus ojos bellos,
De la senda que sigue tu cantora;
Los mágicos destellos
Alumbran con dorados resplandores
El resbaloso círculo en que jira
Para en tu obsequio revestir su lira,
De frescas ramas, de pintadas flores;
Que en tu bondad, Señora, confiando

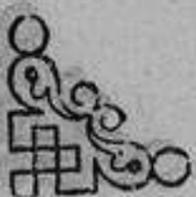




Hoy se afana buscando,
Como á rosa que ocultan los espinos,
Las sublimes verdades que la historia
De la cristiana España, para gloria
Dejónos sobre rancios pergaminos.

Mas es el caso pues que al vil Fruëla
Es preciso tornar la vista y siento
Que el corazon me hiela
Un punzante aguijon... mi pensamiento
Se ofusca al recordar el cuadro triste
De su sangriento fin, que hacer no intento,
¡Fruëla en fin para acabar no existe!!!
El príncipe inhumano
El degradado usurpador, ha sido
Muerto tambien por degradada mano.
Mas este cuadro bosquejar no ansío,
Que el homicidio con horror rechazan
Tierna Isabel, tu corazon y el mio.

Los que tal medio alcanzan
De su alma y honor, obran en daño
Porque el honrado, como Dios desvia
Al corazon que alberga alevosía,
Y al que al bien marcha, por rastrero engaño.
Que ante el Señor, jamás se justifica



Quien con materia vil altares crea,
Y nunca el brillo de la noble idea
De la forma las manchas purifica;
Así pues, encomiende su destino
La sociedad de fueros despojada,
Al filo y punta de la fuerte espada,
Nunca al puñal del bárbaro asesino.

Muerto Fruëla en fin, el regocijo
En el siempre fiel hijo
De la gloriosa Oviedo,
Fluye y recobra, su potente brio
El corazon á que embargaba el miedo;
Se alza en Asturias, recio vocerio
En que refleja su reciente encono,
Y en entusiasmo bélico se inflama;
Se agita y corre y entre aplausos llama
Al jóven rey sobre el excelso trono.

A la sazón el príncipe proscrito
En silencio prepara sus falanges
Para Oviedo atacar, cuando ese grito
Que altivo surge del cantabrio suelo
La fausta nueva á sus oídos trae
El huracán en supotente vuelo;
Late su corazon, de hinojos cae



Y gracias miles le prodiga al cielo
Corre á su pueblo, como el padre ansioso
De á sus hijos hallar tras larga ausencia,
Penetra victorioso,
De Oviedo por las plazas y las calles
De banderas moriscas guarnecidas,
Inter bajo sus piés mira esparcidas
Las gayas flores de sus verdes valles;
Su pueblo le rodea
Y sigue por do quier, y el estandarte
Del hombre-Dios, ante su vista ondea
Y á lides contra infieles le convida,
Desde el anciano, al tierno mozalvete
Cada cual á su paso se promete
Dar por la patria y por la fé la vida.

Cual rasga el sol la condensada nube
Y al horizonte aclara,
No bien al trono restaurado sube
El tierno Alfonso, de la pobre España
Parece en tanto florecerse el suelo,
Que la cobija un despejado cielo
A quien ni un signo, de tormenta empaña.
Esta apariencia engaña
Al ojo popular, que tras las flores
La vil sierpe se anida



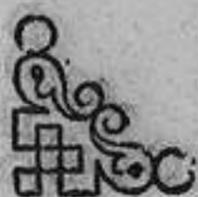
De la rivalidad con sus rencores...
El genio del mal vela
Cerca del regio lecho...
Los parientes y amigos de Fruëla
Están de Alfonso en torno
Y así como en verano hace la hormiga
Para el invierno provision, la intriga
Lleva en secreto combustible al horno.

Alfonso es ahora Abel, mas no es ahora
Uno solo el Cain, muchos hermanos (5)
A quienes sed devora,
De una baja ambicion, con fe traidora
Dan al monarca sus alevos manos
Tambien Alfonso en holocausto ofrece
La mejor presa á Dios, con alma pia
Tambien su hacienda sin cesar florece.
De Fruëla los bárbaros parciales
Contemplan con codicia
La rica sementera y el rebaño
Del que el Señor protege en su justicia.
Y ellos de Alfonso, sin tomar ejemplo
Llevan en holocausto áridas plantas
Del Criador, al sacrosanto templo
Y por grados decrece
La maldita heredad, donde ni un rayo



Del sol jamás benigno se aparece ;
Y de comun concierto,
De la bondad de su señor reniegan
Y en vano troncos y semillas siegan
Que estéril sigue su aterido huerto.

El arabesco pueblo se sustenta,
De esta guerra cruel, con los despojos
Y con la vista atenta
Como el perro de caza,
Del cerro andando en la leñosa loma
Amenazante su cabeza asoma
De vez en cuando so la hispana raza ;
De Jaen el castillo
Sirviendo de atalaya,
Es avanzado atento centinela
Del neutro campo en la amagada raza
Que á la conquista musulmana vela ;
Y bajo el alto Calpe, se descubre
Tarifa echada en su florido lecho,
Que la segura retirada cubre ;
Y como desposada jóven tierna,
Coronada de flores
Soñando dichas, respirando amores,
Al pié de un monte donde brilla eterna
La blanca nieve, como gaya rosa



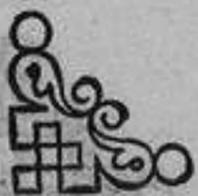
De entreabierto capullo,
Acariciada por el blando arrullo
De áuras que esparcen delicado aroma;
Como en su tibio nido la paloma,
Cual aérea mariposa entre jazmines,
Risueña ostenta la oriental Granada
Su bella faz; Valencia en sus jardines
Y huertos recostada,
Con su gracioso lago y á la orilla
Del mar tranquilo, refulgente brilla
Por plateadas olas arrullada;
Murcia, fermenta en su preciado seno,
A que benigno clima fecundiza
Su fruta, cereales y hortaliza,
Y en su escarpada sierra, minas de oro;
Cataluña, cual fuerte baluarte
Presta defensa, contra Francia al moro;
Y el quebrado Aragon, patria de Marte
Luce en la guerra sus valientes hijos,
Y del Guadalquivir en la ribera
El universo con los ojos fijos,
Contempla que cual astro reverbera
Con sus palacios la inmortal Sevilla
Do hasta en las peñas se descubren flores,
Y cual sol de dorados resplandores
Córdoba grande y refulgente brilla
En armas y en saber y ante su Rey



España entera su cerviz humilla.
El hábil Muhamed dicta la ley
Del Calpe al Pirineo,
Y en las artes y ciencias resplandece
La cúspide al tocar de su apogeo.

Y Alfonso jóven es, sobre su labio
El bozo apunta apenas
Al frente tiene por rival á un sabio ;
Como iracunda hiena
Fijos están los moros en Oviedo,
Mas su monarca, con su Dios por guia
Al mundo ostenta ante la luz del dia
Alta la frente, el corazon sin miedo ;
Y en sus contrarios la mirada clava
Con mas empeño de lidiar que encono,
Regio sintiendo bajo el débil trono
De tal volcan la fermentada lava.

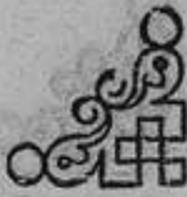
Es una noche perfumada, hermosa,
Alfonso en su palacio
Del activo trabajo se reposa ;
Silencio sepulcral, en el espacio
Impera ; todo sin accion se halla,
Cuando resuena con feroz ruido
El fragoso y horrisono estampido





Del gran volcan que con furor estalla;
Por Alava se rompe,
Llamas despiden sus abiertas bocas
En intestina convulsion rompiendo
Nudosos robles y robustas rocas;
De la revolucion el estandarte
El vasco temerario audaz pasea,
Suenan la trompa funeral de Marte
Y el acero en el aire centellea,
Independencia, grita (6)
El alavés á quien el torpe encono
La cándida razon ha sorprendido,
— Independencia, grita enfurecido,
Y el eco vuela desde polo á polo.

Sereno Alfonso su rugido escucha,
Dando al peligro generosa cara,
Y altivo se prepara,
Para en el campo sostener la lucha;
Llama sus tercios en socorro, y sube
Sobre el vivo bridon y airado carga
En aquel pueblo en quien veloz descarga
Rayos su espada, como rota nube.
Nada se opone á su furor rabioso,
Revuélvese violento
Aquí y allá, como entre recias breñas



Se revuelve colérico y hambriento,
El lobo airado á quien cobardes perros
Ladrando le rodean;
O cual leon cuyos ferrados hierros
De su prision aborrecida rompe,
Y á un gran rebaño asalta;
Así Alfonso, colérico, iracundo
Al revuelto alavés, rudo acomete
Y á la ciega obediencia le somete,
Con innegable admiracion del mundo.

Mas para bien de la cristiana grey
Y la quietud asegurar, le ocurre,
Un pensamiento desgraciado al Rey;...
Tiene una hija de Bigorre el conde, (7)
A quien de paz en prenda
La mano el Rey demanda,
Para evitar que la discordia encienda,
En sus estados su ambicioso padre;
Aqueste de negársela se abstiene
Y á ser Gimena sobre el trono viene
De cuatro hijos del monarca madre;
Enlace en que el amor no intervenido
Hubo en verdad, pero las sábias leyes
Lo han con razon sobrada autorizado,
Por mas que sin piedad han desgarrado

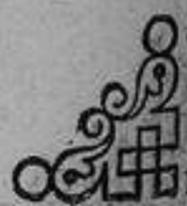
El corazon de los augustos reyes.
Alfonso busca con su enlace un medio
De cimentar la nacional potencia
Y mas que la dolencia
Nocivo es, tan singular remedio;
Porque es Gimena una ambiciosa arpía
En forma de mujer, pronta á tornarse
Vil Cleopatra ó bárbara Atalia ;
De insaciable ambicion la sed devora
Su seco corazon de orgullo lleno,
Y tiene solo para el crimen vida
Y ningun noble sentimiento anida
En las regiones de su abyecto seno,
Viniendo á ser con su avariento encono,
La jóven al monarca desposada
Una serpiente fétida enlazada
Al rededor de su glorioso trono.

Crejera así consolidar el Rey
La paz del Reino y propagar glorioso
De Jesucristo la sagrada ley.
Mas el pérfido conde
De Alfonso el Grande al acto generoso,
Con desleal ingratitude responde,
Y con mezquino arte
Del belicoso pueblo el genio explota



Y contra el soberano se alborota,
La trompa vuelve á resonar de Marte.

Dividido una vez el Cristianismo
Nuevo ánimo recobra,
El fiero y obcecado Mahometismo;
Y de Taryf la desplomada obra
Reedificar á la sazón pretende
Y á la Galicia y á Navarra luego
En las hogueras de la guerra enciende;
Arden en comun fuego
El feudo y feudatario
Siendo atacados á la vez, Navarra
Sufre el rencor de su feroz contrario;
No así Galicia en cuya ayuda sale
El bravo Alfonso y en su férrea diestra
A la morisma en el combate muestra,
Lo que el ingenio con la fuerza vale.
El moro, de Galicia en la comarca
Hubo de penetrar, mas en la huida
De Oviedo encuentra al colosal monarca;
Cargada y dividida
Con singular denuedo es su cohorte.
Do Alfonso el Grande á los peligros dando
Su noble pecho, afánase mostrando
Que nada hay duro de su espada al corte.



Les confunde en la lid, vivo rescata
El preciado botin que lleva el moro,
Esclavos, joyas, plata,
A un tiempo mismo al árabe arreбата,
La corona del triunfo y el tesoro
Que entre sus manos y sus sienes lleva
Alfonso para gloria
De su persona real, á sus estados
Veloz lleva arrastrados,
Al carro de su bélica victoria.

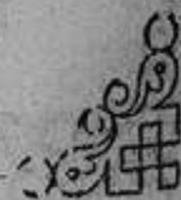
II

BATALLA DE ZAMORA.

A este tiempo tambien la raza mora
Se divide á su vez, siente en su seno
Una sierpe cruel que le devora
En él vertiendo su infernal veneno,
Alfonso que le acecha
Halla á su vista la ocasion propicia
Y en beneficio propio la aprovecha,
É invade al enemigo



Le persigue do quiera y le extermina
Dando á su audacia sin igual castigo,
Ocupa Astorga y á la fuerte Lenza
Embisié, toma Atienza,
Y sobre las almenas de Ventosa
Aparece valiente
Y de Oviedo la enseña prepotente
En el aire tremola victoriosa ;
De nuevo vuelan á probar fortuna
De Córdoba y Toledo
Los reyes y la altiva media luna
Del Orbe en la orilla
Tamlien de nuevo ante el cristiano bando
Su belicosa presuncion humilla ;
Sangre en el campo brota .
Y corre por do quier, que el moro vierte
En la jornada su postrera gota,
Cunde el terror y hácia sus lares huye ;
A ellos, llevando el pánico alboroto
A tiempo que un terrible terremoto (8)
El Sur de España, sin piedad destruye :
Se abre la tierra, amenazantes rugen
Cual de volcanes sus abiertas bocas :
Derriba con estruendo las montañas
Y se traga y sepulta en sus entrañas,
Robles y encinas y robustas rocas.



Supersticioso el pueblo mahometano
Saca del terremoto mal augurio
Y como en recia mar la frágil nave,
Donde buscar contra su mal remedio,
Anonadado en su afliccion no sabe,
Alfonso en tanto de Sollanzo abre
Los sólidos cimientos y edifica,
Esta ciudad, que de anchurosos fosos
É inasaltables muros fortifica ;
Tras de ellos se prepara
Para la empresa proseguir, que un dia
El inmortal Pelayo comenzara.
Mas contra Alfonso se prepara en tanto
Una cobarde trama fratricida
Que el doble objeto de arrancarle encierra
Por sus parientes la corona y vida:
Mas por dicha de nuevo el golpe yerra
La mano vil que atenta hasta su Rey
Y aunque piadoso, so el culpable cae
La firme espada de la santa ley ;
Mas no bien conjurada esta tormenta
En el cristiano suelo,
Del campo moro en el revuelto cielo
Nube de encono con furor revienta.
Levántase en Toledo
El fiero Abul-Kassin y altivo intenta
De Alfonso al corazon imponer miedo ;

Invade su sagrado territorio
De soldados con plaga asoladora,
Talandó en su dominio transitorio
Las fértiles comarcas de Zamora ;
Los tercios asturianos
Oyen la voz de Alfonso que les llama
Y unidos con los bandos castellanos
Al templo vuelan de la eterna fama,
De hierro armadas las valientes manos,
Y en completa armonía
Salen tras los infieles
Seguros todos de alcanzar laureles,
Que Alfonso llevan con su Dios por guía.

Es la apacible regalada hora
En que aparece cuanto tiene el suelo
En sí mas bello, cuando ostenta el cielo
Entre celajes de la rubia aurora
Los cándidos albores
Y condensando en perlas el rocío,
Refresca el cáliz de las mustias flores ;
Allá á la izquierda del sonoro rio
Que á las campiñas de Zamora riega,
Se mira en movimiento
Un numeroso ejército, en facciones
Compactas dividido,

Numerosos y bravos escuadrones,
Precavidos flanquean
La feble infantería,
Y á la risueña luz del claro día
Sus banderolas en el aire ondean.
Alfonso marcha al frente
De aquesta brava hueste y á Zamora (9)
Se dirige impaciente,
Buscando á Abul-Kassin que ya le espera,
Y en esto alumbra el sol que reverbera
En los limpios escudos,
De los soldados del contrario bando
Que en su busca á la par vienen marchando,
E ira reflejan en sus rostros rudos.
Suenan el clarín, comienza la pelea,
Relinchando el corcel salta violento,
Un confuso rumor se oye en el viento
Y el acero en el aire centellea;
La humana sangre humea
E impide ver á los airados ojos
Del que de su vencido en los despojos
Saciar ansia la infernal venganza;
Crece el furor de la sangrienta lucha
Y nervios miles barrenar se escucha
Al asta aguda de la férrea lanza.

III

EL POETA CAUTIVO.

En lo mas recio de la atroz contienda
De entre la turba se adelanta un moro
Pidiendo á gritos singular combate,
Y cual fogoso toro
La tierra alzando con su altivo aliento;
Rige un bravo alazan con hábil mano
Que vivo como el viento
Salta las zanjas y recorre el llano
Su piel lustrosa traspirando espuma,
Viste traje lujoso,
Fuerte coraza y casco esplendoroso
Con gracia ornado de vistosa pluma...
De rica banda recamada en oro
Fino alfanje suspende,
Morisca guzla de su hercúlea espalda
Con elegante negligencia pende,
Y á su belleza entronizando el arte,
Los ojos que le miran
En él fijados á la par admiran
Rostro de Adonis, corazon de Marte.

Sale á su encuentro un español nervudo
Que otro hermoso corcel diestro domeña,
El duelo acepta y con arranque rudo
La marcial lucha con furor se empeña.

Mas es el caso pues, que en el momento
En que un mandoble del cristiano evita
Al contrario él ataca y violento
El furioso corcel se le encabrita;
— Date, con firme acento
Al gentil musulman dice el cristiano,
Y el noble pecho atravesarle amaga
Le estrecha, y quita con la férrea mano,
La lanza con que el moro se defiende,
Y dejando al bridon la rienda suelta,
La dura diestra en la manopla envuelta
De un golpe el casco del mancebo hiende;
Este desvanecido
Vacila luego y á la crin asido
Quiere evitar la próxima caída,
En tanto que el dolor con negro velo
La vista envuelve y descendiendo al suelo
Juzga acabada su temprana vida.
— Acaba, pues conmigo..
Con animo y con voz digna y entera
Gítale el musulman á su enemigo.



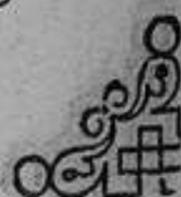
— ¡Nunca! este le responde
Con seca voz mirándole altanero
Nunca manchó su victorioso acero
En los vencidos de Leon el conde.

— Acepto tu bondad, como trofeo
Me puedes ostentar de tu victoria,
Que de ella digno, y sin baldon me creo.
Acepta pues mi mano... El conde toma
Su diestra sin enojos,
Y una furtiva lágrima á los ojos
Del compasivo vencedor se asoma.

— ¿Quién eres pues? pregúntale, y el moro
Pudiendo apenas reprimir su duelo
Con interior satisfaccion responde :

— Yo soy, ilustre conde,
Un príncipe, un soldado y un poeta,
Que en alas de mi genio me levanto
Y lidio por mi Dios y despues canto
Mis triunfos para glorias del profeta.

— ¿Un príncipe? pues bien, cabalga luego
Y tras mis pasos sigue
Sin por nada temer yo te lo ruego,
Mi generosidad no te sorprenda
Que el Hombre Dios me la inspiró en su ley,
Yo soy cristiano y hasta el mismo rey



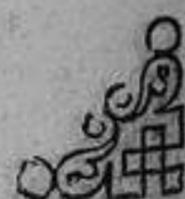
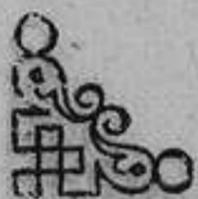
Te dará abrigo en su gloriosa tienda :
Dice el conde clavando el acicate
Al fogoso corcel y ambos se pierden
Velados por el polvo que el combate
En remolinos mil alza sangriento;
Mas el furor de la contienda crece,
Y el suelo se estremece
Clamores miles recogiendo el viento.

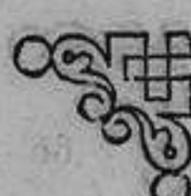
Abul-Kassim que la contienda mira
Sangrienta si, mas por demas dudosa
A terminarla aspira,
Y al enemigo acosa
Lanzando ansioso por sus ojos ira;
El corcel espolea
Y de la comitiva se adelanta ;
Un grupo luego al musulman rodea
De valientes cristianos
Y Abul-Kassim que perecer desea
Con todos á la vez viene á las manos.

Alfonso por su parte
Acude aquí y allá y á rienda suelta
Da á todo el campo la arriesgada vuelta
Rayos vertiendo como el fiero Marte,
De sus airados ojos ;

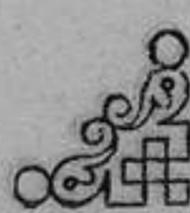
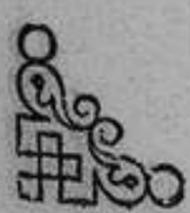


Convirtiendo en despojos
Las aguerridas huestes enemigas,
Segando como espigas
Con su cortante espada,
Las filas que le salen al encuentro
Porque es el cielo de su acción el centro
Y no resiste á su pujanza nada.
Mas penetra en un lazo
Que su ardiente furor, no ve tendido
Y se siente á la vez acometido,
Por brazos ciento su valiente brazo.
Los pocos que acompañan al monarca
Sucumben en las garras de la parca
Y como perros ante el lobo aullando
Los moros le hacen rueda,
Y el gran Alfonso en la palestra queda
Solo y con fuerzas superior luchando.
Entre tanto en el cielo se dilata
Copiosa catarata
Y amenazante su cabeza asoma,
La tempestad colérica bramando,
Tal vez al ver luchando
Contra la Cruz, al impostor Mahoma.

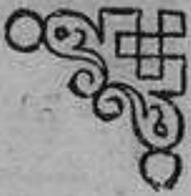




CANTO TERCERO.







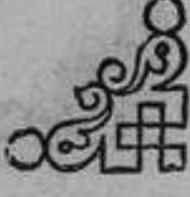
CANTO TERCERO

I

LA TIENDA DEL REY.

Imágen del dolor, dale sus tintas
Dale á mi lira sus amargos ecos,
Lágrimas dale á mis turbados ojos,
Que están cansados de llorar, y secos,
Como flor entre abrojos
Brotá en mi mente la fecunda idea,
Que ante el cuadro del bélico combate
Mi corazón amedrentado late,



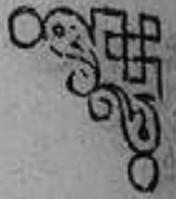


Mi lábio solo suspirar desea.
Tremblan mis miembros de pavor, mi mente
La nube del terror envuelve y siente
En helado sudor bañar mi frente;
Esos quejidos que recoge el viento
Y en su seno se traga,
Ahogan mi amarga voz con su gemido
Cual el ronco temblor del triste herido,
El ay postrero, con su luz apaga;
Y en el calor de la marcial pelea
Tropiezo con los miembros mutilados,
Me ciegan de esos cráneos destrozados
La hiryente sangre que á mi vista humea.

Era una noche del otoño fría,
En que á torrentes de un oscuro cielo
Recia lluvia caía
Y á la tierra cubría
Espesa alfombra de punzante hielo;
De hogueras miles, llamas ondulantes,
A que agitaba un abrego furioso,
Radiaban los semblantes
De mil bravos soldados
De facciones y músculos de fieras,
Que en torno de esas lúgubres hogueras
Se hallaban en silencio recostados.
Inmediato á este cuadro tenebroso

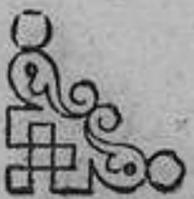
Otro cuadro á la vista se ofrecia
Mas triste y horroroso...
En él se descubria
Sobre escabroso campo en sangre tinto,
Ya un sable, una armadura,
Ya un casco, una bandera,
Y aquí y allá cadáveres sin cuento,
Yá un cráneo humano en trozos dividido,
Ya en su sangre bañándose un herido
Lanzando al aire su postrer aliento.

De tan siniestra luz á los reflejos
Se divisaba en acechanza el oso,
Y el aullido escuchábase no lejos
Del lobo hambriento, que con fiera saña
Rechinaba sus dientes afilados,
Al escabroso pié de una montaña.
Luto y consternacion solo á los ojos
Este cuadro ofrecia
De matanza y horror, cuadro de muerte
A cuya vista el corazon mas fuerte
Bajo el escudo con pavor latia.
¿Pero quién ¡ay! mi Dios, quién ¡ay! tus juicios
Pretende descifrar aquí en la tierra,
Si acaso mueves la mundana guerra,
Para á los hombres castigar sus vicios?
Tal vez por esto de la Livia ardiente



Trajiste un pueblo de iracunda saña,
Un pueblo de tus leyes enemigo,
Para ejercer un ejemplar castigo
En la rebelde degradada España,
Y es harto justo que tu mano pruebe
Aquí en la tierra al pecador inmundo,
Que nada, nada, en el terráqueo mundo
Sin tu imperiosa voluntad se mueve.

En medio de este campo tenebroso
Gigantesca una encina se levanta,
De cuyas ramas penden,
Tres desgarrados lienzos que suspenden
Otras tantas estacas
Formando un semicírculo hasta el suelo,
El que deja un espacio
Que al gran Alfonso sirve de palacio
Y le defienden del furor del cielo;
Por su aspecto sombrío
Por las breñas que cubren sus afueras
Y el recio viento norte que los mece
Mas que de un rey morada, se parece
A un antro horrendo de iracunda fiera.
Su estrecha puerta, como puerta de horno
Llamas despide de animado fuego
De cuya hoguera en torno
En patriarcal sosiego,



Alfonso de sus grandes rodeado,
Con estos recostado
Disfruta de la plática sabrosa
Peculiar del soldado;
Y en medio de los grandes se distingue
Por su arabesco traje,
Un mancebo gentil que muestra todas,
Las maneras de un alto personaje.
— Moro, cuenta esa historia
Que prometido has, dícele el Rey.
— Se ofusca mi memoria
Mi patria al recordar, contesta el moro,
Mas en nombre comienzo del Profeta,
A decirte Señor, que soy poeta,
Y me apellidan el del *Arpa de oro*;
Mi madre á luz, me dió de Andalucía
En el florido suelo,
Donde del bello día
El astro rey con vivos resplandores
Del ojo derramando en la retina,
Enciende al par que al númen ilumina
Al corazón en lúbricos amores;
Y serenos juzgando
Que de este amor, Señor, nacido hemos,
No es extraño que niños empecemos
Con nuestro Dios á la mujer cantando;
Yo te quiero agradar, mas mis cantares



Tal vez Señor, al sacerdote ofendan
Que otros ritos celebra en sus altares,
Pájaro soy Señor, de otras regiones,
Con el cambio de clima, mi garganta
Ya no modula sus nativos sonos,
Rompe, Señor, mis ásperas prisiones,
¿Quién bajo el peso de los grillos canta?

Dice el cantor doblando la rodilla
Ante el monarca, en cuyos regios ojos
Lágrima de piedad rodando brilla
Y al prisionero contemplando fijo
Luego exclama: — Las leyes de la guerra
Hoy te sujetan en extraña tierra,
Mas eres bardo de mi patria hijo ;
Tu historia con mi historia
Se confunden de hoy mas, cristiano ó moro,
Has nacido español, de tu arpa de oro
Las cuerdas vibra de la España en gloria.
Vate, puedes cantar guerras ó amores
Tu ansiada libertad pongo á este precio,
Y al despuntar los cándidos albores
De la risueña aurora,
Libre serás, y tu mansion de flores,
Verá su cisne cuya ausencia llora.



— Gracias, Señor, el prisionero exclama,
Ante Alfonso de hinojos
Cayendo al punto, y de sus negros ojos
Una abrasada lágrima derrama;
— Cuando á mi patria tu bondad me mande,
La virtud del monarca castellano
En ella cantaré, pues que no en vano
El universo te apellida el Grande.
Sobre su labio, del humano espira
La voz profana, y con divino vuelo
Alza el poeta moro
Su voz, pulsando su instrumento de oro,
Que Apolo mismo le templó en el cielo;
Todos bajo el influjo del encanto
Lo escuchan con silencio religioso,
Y de su patria con el cuadro hermoso,
Así comienza su arabesco canto.

II

ALMERAYA.

De una alta sierra al pié, que encantos miles,
Y maravillas en su seno cuenta,

Cual garza recostada en los pensiles
La gran ciudad de Córdoba, se ostenta

Baña el Guadalquivir dándole abono
A la falda gentil de esta doncella,
Que Abd-el-Rhaman para asentar su trono
Con docto númen eligió por bella.

Cíñenla en derredor plantas y flores
Que al aura pura que las mece aroman,
La alumbrá áureo sol con resplandores
Que entre celajes de zafir se asoman.

Y es su luna una lámpara de plata
Que su argentado celestial destello,
Del arroyuelo en el cristal retrata
Y hace en su torno, cuanto existe bello.

Y entre mil rosas de candor emblema
Mana la mirra que en su templo el moro,
De Allah rendido ante las plantas quema
En cincelados pebeteros de oro.

Y sus floridas y fecundas tramas
El siempre tierno y acopado olivo,

Brinda lozano en sus espesas ramas
A la hábil mano que le da cultivo.

Perlas derraman las sonoras fuentes,
Sobre el follaje de su rica vega,
Sostienen sus arbustos florecientes
Y hacen copiosa su vendimia y siega.

Canta el burbur á la apacible sombra,
De una arboleda dividida en calles
Sobre la muelle caprichosa alfombra
De tiernos lirios, de sus frescos valles.

Y el prisco y el naranjo y la palmera,
Importacion de la fecunda Arabia,
Se ostentan en la cándida pradera
De fruto ricos y valiente savia.

Que á lo supérfluo allí, mezcla el Eterno
Suculento el manjar con mano amiga,
El rosal muestra su capullo tierno,
Su rubio grano, la dorada espiga.

De sus moreras en las hojas, crecen
Laboriosos y cándidos gusanos,



Y hebras sedosas de su cuerpo ofrecen
Que ágiles tejen las moriscas manos.

Su piel y leche la tranquila oveja
Brindan al hombre, cual la inquieta cabra
Y á la flor liba la industriosa abeja
Con cuyo néctar, sus panales labra.

Muge en sus campos el celoso toro
Y de sus valles so la fresca grama,
Corre el corcel, que el belicoso moro,
Como á su esposa y á sus hijos ama.

Y la mano agarena laboriosa
Entre cien monumentos inmortales
Alzó en su seno su mezquita hermosa
Rica muestra de glorias orientales (10).

Templo sentado en sus columnas miles
De mármoles, de jaspe y alabastro,
Templo que se destaca en sus pensiles
Como en el cielo refulgente astro.

Templo que en su hermosura desafia
A cuantos templos fabricó el cristiano,



Divino alcázar, que erigiera un día
De Abd-el-Rhaman la prodigiosa mano.

Foco de eterna luz, estrella de oro,
Que eclipsa el arte de la antigua Roma
Y santuario donde adora el moro,
La ley divina que le dió Mahoma.

Y en aquesta ciudad bella
Como estrella
En la region celestial,
Del rio manso á la orilla
Un dorado alcázar brilla
Que supera lo ideal.

Del arte rico portento
Monumento
Que descuella en este eden
Y guarda en su rico seno,
De hermosuras sin par lleno
Un voluptuoso haren.

Dulce cárcel que atesora
Cuanto adora
Un valiente musulman;

Que en las lides con cristianos
Sus morenas férreas manos,
Tintas con su sangre están.

De su dicha para albeo
Por recreo
Y delicias de su amor,
Guarda cien mujeres bellas,
Con ojos que á las estrellas,
Eclipsan su resplandor.

Mas en el conjunto una
¡Ay! aduna
Todas las gracias en sí...
Siendo del celoso moro
En la corona de oro
El mas bruñido rubí.

Lleva por nombre Almeraya
Y raya
Su belleza en celestial,
Y este nombre se le aplica
Porque *espejo* significa
En nuestra lengua oriental.

En él su señor se mira
Y la pira

Inflámase de su fe;
Que en esta joya preciada
Del profeta anticipada
Una recompensa ve.

Y esta tierna cervatilla
Que en la orilla
Trisca del Guadalquivir;
Con desconfiado ceño
Tiembla ante su amante dueño
Y aborrece su existir.

Que aunque de punto lejano
De un cristiano
Percibió el dulce cantar,
Y este cántico sentido
En su delicado oído
Siente perenne sonar.

Y tras de su celosía
Noche y día
Está sin interrupción
Ni sentir tregua á su pena,
Esperando la agarena
Le repita su canción.

III

LA SERENATA.

Es una noche de verano hermosa
La luna brilla en argentado cielo,
Y el azahar y la encendida rosa
Prestan su aroma del haren al suelo.

Riegan con claras perlas sus jardines
Cien arroyuelos de susurro blando,
Las áuras columpiando los jazmines
Amor están al corazon cantando.

Y entre tanto el infiel bajo las rejas
De su laud al son, con voz sentida
Lánguido exhala sus amargas quejas
Pintando el cuadro de su triste vida.

Y su meloso enamorado acento
Al pecho enciende de la niña hermosa,
Su jóven corazon late contento,
Brotta en su rostro del pudor la rosa.

Que este lenguaje peculiar del alma
Es lengua universal, que harto comprende
Todo el que siente y á la dulce calma
La arranca luego, que el amor enciende.

Así tañendo con su diestra mano,
Su dorado laud, de España el hijo
Cantó estas trobas con estilo llano
En las ventanas de la hermosa fijo.

«Bellísima sultana
Tesoro del Oriente
Pura y oculta perla
Del arabesco mar ;
Escucha sin enojos
De un corazon doliente,
Que tímido te adora
El férvido cantar.

» Yo planta de otros climas,
Al suelo trasplantada,
Do de Jesus no impera
La sacrosanta cruz ;
Vejeta en tus pensiles
Marchita y olvidada

De un sol que no me abriga
A la extranjera luz.

» Suspiro por el árbol
A cuya amiga sombra
El cándido periodo
De mi niñez pasé;
Por el verjel ameno
Por la florida alfombra,
En que en mis tiernos años
Sin afliccion jugué.

» Tú luces tu hermosura
Sobre el nativo suelo,
En que tu esclava madre
Esclava te arrulló:
Y de tu patria vives
Bajo el materno cielo
Sin goces ni esperanza
Esclava como yo.

» Qué esperas bella ninfa
Que entre cadenas moras,
Un aire respirando
Que acaba tu salud,
Si tu penosa suerte

En la impotencia lloras,
Si una existencia arrastras
Fecunda de inquietud.

» Decídete, te adoro
Sultana del Oriente,
Como el sediento al agua,
Como á la gaya flor
La laboriosa abeja,
Como á la blanda fuente
Ama el cautivo, como
El ángel al Señor.

» Y hay otro mundo, hermosa
Donde respira un viento,
De libertad y goces
Y hechizos, la mujer;
Dó solo á un hombre sirve
De amor y de contento,
Y liberal la brinda
Mil dichas á escoger.

» Rempe tus grillos, corre,
Conmigo hermosa mia
Ven á mi patria y sigue
De mi destino en pos

Mi amor en el desierto
Te servirá de guía
De escudo á los tiranos,
El trono de mi Dios.

» Rijo un corcel brioso
Con hábil fuerte mano,
Juego la lanza, como
Mas fuerte otro no ví;
Y aquí en el pecho llevo
Valiente noble y sano,
Un corazon amante
Que adora solo en tí. »

Calló la voz y tras la densa reja
Otra voz se escuchó tierna, melosa,
Que en son tambien de lamentable queja
Al dulce trovador dijo angustiosa.

« Pobre esclavo, tus gemidos
Han llegado á mis oidos,
Me han dispuesto á compasion;
Y ha recogido del viento
La amargura de tu acento,
Mi angustiado corazon.

» Yo soy ya tu enamorada
Coje la lanza y la espada

Apresta el bravo corcel,
Y á esa tierra prometida
Lleve el ángel de mi vida
A quien piensa solo en él.»

Un amoroso saludo
Entre el cautivo y la mora
Puso fin á este coloquio
A esta plática amorosa;
Desaparece el cristiano
Del follaje entre las sombras
Como fantasma de un sueño
Que en el aire se evapora.
Almeraya á blandos pasos
Lleno el pecho de zozobra,
A su albergue se retira,
A devorar sus congojas;
Tiende sus mórbidos miembros
Sobre el lecho y no reposan
Y en vano sus bellos ojos
Al esquivo sueño imploran;
Porque su lujosa estancia,
Ventilada y espaciosa
La parece un calabozo
Cuyo ambiente la sofoca;
Ríndese en fin al cansancio



Y sus párpados se entornan,
Como plegan sus capullos
Al anochecer las rosas;
Y en su lecho se asemeja
A una perla de Bassora
Dentro del mar, y escondida
En su trasparente concha;
A un pez, oculto en sus algas
Bajo de las blandas ondas,
Que arrullan su dulce sueño
En la noche silenciosa;
O á una tórtola afligida
Que amores ausentes llora
Dentro de su tibio nido,
Compuesto de verdes hojas.

A su vez marcha el cristiano
Hácia su triste mazmorra,
Lleno de llanto el semblante
Y el corazon de zozobra;
Cuando salen á su encuentro
Tres eunucos que á la sombra
De un acopado naranjo
Del señor velan la honra.
Corre á salvarse el cautivo
En la espesura frondosa



De los floridos rosales
Cubiertos de frescas hojas;
Mas los eunucos le siguen
Como perros tras la corza;
Y le buscan y le cercan,
Y lo estrechan y lo acosan,
Y le gritan y amenazan.
Y lo alcanzan y lo cortan,
Y él se evade y se oscurece
Y el flexible cuerpo encorva,
Y se vuelve y se revuelve
Y va y viene y huye y torna
Y se oculta y aparece
A guisa de astuta zorra;
Mas una vez encerrado
Animo de lobo cobra,
Castañetea los dientes
Y lanza miradas torvas
Cuyos fulgores siniestros,
Reverberan en la hoja
De un puñal que desenvaina
Con actitud valerosa.....

.
.

Llegaba aquí la interesante historia
Del musulman, cuando se alzó en el viento

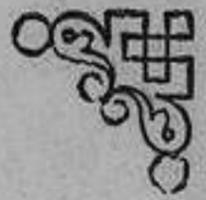


Un ronco son, un belicoso ruido,
De armas chocando con furor violento
Sus al combate, pavorosa grita
En direcciones cien, la hispana grey
Y el acero á blandir se precipita.
Santiago, viva España, viva el Rey,
En la comarca sin cesar resuena,
Y del lejano monte al antro hueco
Devuelve al campo el belicoso eco
Que del vacío los espacios llena.

Como pantera en cuyo fino oído
De descuidada res los pasos siente,
Próximos ya, ó cual leon herido
Que ve en su gruta á su agresor que llega
Y audaz intenta la invadir y ruge,
Rechina el diente y convulsivo estrega
Contra las peñas su robusta garra,
Alfonso el Grande por la brida agarra
Su ya inquieto bridon, de un salto sube
Sobre él, y empuña el invencible acero
Del real saliendo amenazante y fiero
Cual brota el rayo, de la rota nube;
Crece el ronco rumor al choque rudo
Que rompe el recio escudo
De reluciente escama



Y las huestes moriscas y españolas
Furiosas se revuelven, cual las olas
Del mar furioso que iracundo brama.
La aurora sale á iluminar la pompa
Del sangriento combate,
Y el corazon de los guerreros late
Al ronco son de la tartárea trompa.



CANTO CUARTO.







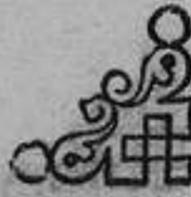
CANTO CUARTO

I

ALFONSO VICTORIOSO.

¿Quién, ¡ay! mi Dios, bajo tu enseña santa
Al volar á la lid de su enemigo
La ventaja del número le espanta?
Si tu divina voluntad dispone
Del premio y del castigo,
De cuantos seres nuestro globo encierra
Y de tu labio el hálito fecundo
Bastó Señor para engendrar el mundo,

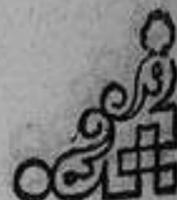






Basta, Señor, para abatir la tierra;
De Moisés á la sirviente mano,
Diste vigor y del Egipto un dia
Pesar la hiciste sobre el vil tirano
En cuyas garras Israel gemia.
Tú al través de las ondas bramadoras
Del Rojo mar abristes un camino,
Al pueblo á tu ley fiel que iba siguiendo
La senda del profético destino;
Y esas olas despues, á las estrellas
Levantastes bramando
Y á Faraon y á su rebelde bando,
Con justo enojo sepultaste en ellas.
Tú condujistes á seguro puerto
La nave de Moisés, mientras llovía
Tu precioso maná sobre el desierto;
Y en columna de fuego trasformada
Tu sacra imágen le sirvió de guia
Y al sol parastes á mitad de un dia
Porque triunfase de Josué la espada.

Así tambien como vereis, Señora,
Vuestro glorioso antecesor, Alfonso
Del vil Abul-Kassim triunfa en Zamora,
Quedando el campo tinto
En la vil sangre de la raza mora.

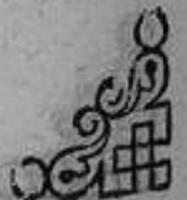


Mas su jefe al mirar ya derrotado
Su último tercio, al enemigo hierro,
Espada en mano se adelanta osado
Y en las faldas de un cerro
Por las huestes de Alfonso guarnecido,
Sale á su encuentro con ferrada lanza
Un valiente cristiano
A quien al punto el jefe mahometano
Hábil descarga, pero no le alcanza
Un rudo golpe, que á su vez le quita
Con rara agilidad su contendiente,
Volviéndole veloz otro y hendido
Es el casco á la vez que el moro herido
En la mitad de la altanera frente;
Sangre derrama de su atroz herida
Y de sangre á la vez ruge sediento
Mas el postrer aliento
Respira ya de su azarosa vida.....
Quiere en vano luchar, que galvaniza
A su cuerpo el furor, mas de sus ojos
Huye la luz y de la ruda liza
Sus miembros á ser van, yertos despojos.....
Desciende del corcel, mas al estribo
Su pié se le engarganta
Contra una roca se deshace el cráneo,
A este choque instantáneo
Su caballo se espanta,



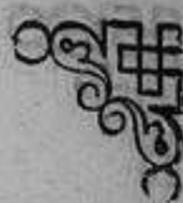
Se le eriza la crin y relinchando
Escapa con ardor por la pradera
En su veloz carrera,
Al muerto dueño, tras de si llevando.

La noche en tanto se aparece y vela
Con su medroso manto
Este sangriento cuadro, cuya vista
Llena el humano corazon de espanto.
Millares de alaridos
Resuenan por dó quier y los vencidos
Hasta el cielo remontan sus clamores,
De hinojos á los fuertes vencedores
Demandando piedad, estos levantan
Las tiendas sobre el campo de la gloria
Y el himno de la bélica victoria,
Juntos y en torno de la hoguera cantan
Y uno entre tanto busca los despojos
Del enemigo ó del amigo muerto
Con codiciosos ojos
Cual ave de rapiña... ..
En busca de botin, con rumbo incierto
Otro recorre la feraz campiña,
Sus mieses y cabañas devastando,
Este á la lumbre se reposa, asando
La misera racion de carne añeja,



Aquel un cuadro funeral bosqueja
De la batalla en tanto se embriaga
Y el sucio vaso de vaqueta apura,
Y la esperanza de la lid futura
Su sanguinario corazon halaga.

Mas entre tanto de la régia tienda
Del monarca cristiano,
En la hoguera se ven varios guerreros
Que acompañan al rey y el mahometano
El que á los sones de su guzla de oro
De Almeraya cantara los amores,
Está sentado del monarca al frente
Y del fuego á los vivos resplandores
Pálida muestra la abatida frente ;
— Príncipe, atiende, con meloso acento
Alfonso el Grande exclama,
Mirando al moro que le escucha atento,
Mi dignidad tu libertad reclama.
Libre eres ya..... mas escuchar queria
El desenlace de la bella historia
Ya comenzada, mientras viene el dia
De mis pendones á alumbrar la gloria.
-- Señor, exclama aquel, yendo de hinojos
Ante el Rey á caer, esa victoria
Que acabas de alcanzar, lloran mis ojos



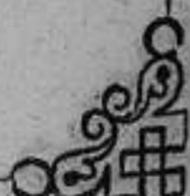
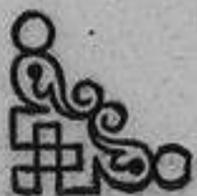
Con acerbo dolor, mas nunca ingrato
Me hará á los tuyos mi tan justa pena
Y pues Señor tu generoso trato
Mi tierno corazon ha seducido,
En el nombre sagrado del Profeta,
Tus gustos á cumplir va su poeta,
Préstale atento é indulgente oido.

II

EL RAPTO DE LA SULTANA.

Del cuerpo para el aseo
Del alma para recreo
Y de antidoto al calor,
Sirvele el baño á la mora
Y en él renueva y colora
De su belleza la flor.

Y en sus jardines en filas
Al efecto ricas pilas
Bajo el follaje se ven,
Henchidas de agua de rosas



Y otras plantas olorosas,
Que brotan en el haren.

Y en su fondo la agarena
Penetra la tez morena
De sus miembros á lavar ;
Que mas á los ojos vale
De su señor cuando sale,
Como la perla del mar.

Enjuga su cutis fino
Con un trasparente lino,
De caprichosa labor ;
Y por complemento toma
Un nuevo baño de aroma
Que deleita con su olor.

Fresca, pura y sonrosada,
Vaporosa y perfumada,
Vuela á brazos del sultan ;
Como le prescribe al moro
En sus páginas de oro
El profeta en su Coran.

Y un baño tiene Almeraya,
Que en riqueza y gusto raya

En divino y celestial,
Dó le adornan mil primores
Ocultos entre las flores
De su jardin oriental.

Es una siesta de ardoroso estio,
Dó al umbrío,
Ramaje de árboles cien,
Sobre el agua de estas pilas
Dos centellantes pupilas,
Reverberarse se ven.

Y son las del nazareno
Cuyo seno
Palpita de tierno amor,
Por la cándida sultana
A que la lira cristiana
Ha sumido en el dolor.

Ella en el baño aparece
Y crece
Del amante la inquietud,
Fino bañador la cubre.....
Y ni un guarda se descubre,
Que vele por su virtud.

Está con su virtud sola
La aureola
La circunda del candor,
Por la primera vez ama
En la devorante llama,
Arde, del primer amor.

De rosa es tierno capullo
Orgullo
De aquel palacio oriental...
Pobre flor que el aire agita
Y se consume y marchita
Sobre su suelo natal.

Que desmaya y languidece
Palidece
En la materna region,
Que á su dueño enamorado
La inocente mano ha dado
Pero nunca el corazon.

Salió á su encuentro de ansias palpitante
Y ante su vista la sultana hermosa
Súbitamente se cubrió el semblante,
Brilló en su frente del pudor la rosa.



— Nazareno, tú aquí... temblando exclama:
¿Eres aleve con mi amor é ingrato?
¿Qué baja intriga tu insolencia trama?
¿Cuándo el amante, se olvidó el recato?

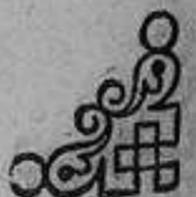
Ante Almeraya, el nazareno mudo
Triste y turbado dobla la rodilla
Con audaz porte, si sencillo ó rudo
Y á su hermosura con ardor se humilla.

La cervatilla amedrentada gime,
Mas el cautivo en su amoroso exceso,
Sobre los labios de la mora imprime
De ánsia lasciva devorante beso.

La candorosa tórtola inocente
Romper anhela tan culpables lazos,
Mas su sexo á lidiar nació impotente
Y se desmaya en los amantes brazos.

.
.

Con muestras de rubor, mas sin enojos,
A los trasportes del amor no ajenos,
Abre la hermosa sus rasgados ojos,
De luz y vida y esperanza llenos.



— Todo dispuesto está, dice el cristiano,
Vístete y parte sin dudar conmigo,
Ligero mi corcel, cruzará el llano
Y buscaremos en la sierra abrigo.

— Vístete este disfraz, añade, y luego
Un rudo traje de varon la entrega
Y ella sumisa de su amante al ruego
Con ligereza le obedece ciega.

Se envuelve en el sayal á cuya sombra
Mas se entroniza su hermosura y vale,
Y del jardin por la verdosa alfombra
Corriendo al campo con su amante sale.

Montan en un bridon, que ya al intento
El dichoso raptor ha preparado
Y hácia la sierra como el raudo viento
El fogoso animal parte escapado.

Brisa suave de amoroso arrullo
Su altivo aliento sin cesar renueva,
Y ve en su sombra con placer y orgullo
El lindo grupo, que en sus lomos lleva.

.
.

La tarde va á espirar, sus resplandores
Amengua el sol y el dueño del serrallo
De su ameno jardin cuenta las flores
Y halla desierto de Almeraya el tallo.

Su corola gentil no ya riente
Entre sus hojas de esmeralda asoma,
Mas del pensil en el suave ambiente
Aun se percibe su fragante aroma.

Busca su dueño de despecho ciego
Al colorin que de su patria ha huido
Y de su pecho se acrecienta el fuego
Que aun tibio encuentra su desierto nido.

Y crecen por instantes sus desvelos
La busca en vano, su desdicha llora
Que el ponzoñoso dardo de los celos
A su ofendido corazon devora.

Mas Almeraya con su tierno amante
Va por la sierra caminando en tanto,
Y á su hechicero angelical semblante
No anubla el luto, ni humedece el llanto.

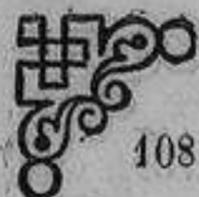
Que á donde viven libres las mujeres
Para siempre á morar vuela Almeraya,

Va la mora á gozar nuevos placeres
Y ya en delirio su contento raya.

Mas la noche al mundo ha envuelto
En su manto de tinieblas,
Y el fatigado corcel,
Siéntese exhausto de fuerzas;

El cristiano y Almeraya
Se hospedan en una cueva,
Para juntos descansar
En tanto que el alba vuelva,
El á su pensar rendido
Dormita sobre una peña
En su mente cimentando
Planes de amorosas guerras.

En su seno muellemente
Está recostada ella,
En la amorosa actitud
Que en el paraiso Eva.
Un piélago de delicias
Ambos á la sazón sueñan,
Que ambos están de la vida
En la verde primavera,
Cuando siempre el horizonte
Limpio y rosado se muestra



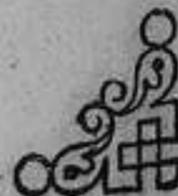
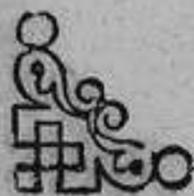
Y el corazon brota flores
Que una dulce aurora riega
Con su cándido rocío,
Deshecho en nitidas perlas,
Que se filtran en el alma
Y su esperanza sustentan.

Silencio sepulcral reina imponente
Natura yace, en el profundo sueño,
Famélico al corcel solo se siente
Que come al lado de su inmóvil dueño.

Este en la lucha del amor rendido
Como lánguida flor yace por tierra,
Y en su torno volar vese á Cupido,
Que al vencido adalid llama á la guerra.

De Almeraya tambien en los cabellos
Incitante tambien viene la brisa,
Y vaga en torno de sus labios bellos,
Reflejando el placer, dulce sonrisa.

Mas de repente del feliz amante
Con pánico terror llena el oido
Un cercano rumor amenazante,
El que le deja cual por rayo herido.



Aprieta al corazon su presa... agarra
Con presteza un puñal y centellea
Su pupila de cólera, su garra
De tigre apresta á la marcial pelea.

Un grupo de jinetes
Muslimes, por la sierra
En busca de Almeraya
Galopa en confusion;
Y en tanto que el cristiano
Con ella se recata,
Relincha y los delata
A aquellos el bridon.

Acuden los muslimes
Cual lobos al rebaño
Y á la caverna cercan,
Donde temblando están;
Mas él al corcel monta
Con ella, pica espuela
Y por el monte vuela,
Cual rápido huracan.

Escapan como el rayo
Y á escape tambien salen,
Los árabes jinetes
En viva confusion;



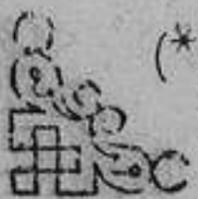
Se para el nazareno
Y en breñas escondido
Se deja al ser querido,
Iman de su pasión.

Aligerado el peso
Que á su corcel doblega
La fuga vivo emprende,
Para despues volver,
A recoger del nido
Al pájaro adorado,
Que tierno le ha brindado
La fuente del placer.

El dios de los amores
Protégele en su fuga,
Fatiga á cuantos corren
De su corcel en pos;
Pierden en fin la huella
Y cuando el alba raya,
Por fin con su Almeraya
Piadoso junta Dios.

Entero el largo dia
Prudentes aprovechan
Dejando el rico imperio
Del gran Abd-el-Rhaman (*);

(*) Abd el-Rhaman II.



Penetran en Castilla
Escollos mil salvando,
A Asturias caminando
En alas de su afan.

III

DOS CONVERSIONES.

Llega el cristiano á sus queridos lares,
Acompañado de la linda mora,
De gracia en muestra compungido ora
Del Dios de su creencia en los altares.
Aflígele la bella
Viéndose en tierra de su Dios proscrito
Está, y suspira al contemplarse lejos
De donde el moro le consagra el rito.
Mil lágrimas derrama,
En el amante seno del cristiano,
Que para darla la ofrecida mano
A los altares de su Dios la llama.
La instruye en la doctrina
Del hijo de José, y por la senda
De Cristo la encamina.
El corazon de la agarena blando



Aunque con fuerzas sin igual luchando
El nuevo rumbo toma,
Porque la fuerza de su amor la guía
Y el sol la encuentra al apuntar un día
Perjura á los altares de Mahoma,
Cantando glorias y quemando aroma
Al que á luz dió la terrenal María.

Mas como fruto de enfermiza mata
Se halló tal vez de su pasión impura
En el regazo, al contemplarse ingrata
Perjura á su señor y Allah perjura.
Y acaso en vano quiso del profeta
El perdón conseguir con triste cuita...
Y herida del amargo desengaño
Murió esta flor en el vergel extraño,
Sola y aislada y de su dios maldita.

.
.

—No hay mas que un Dios, levántase diciendo
El gran Alfonso, los piadosos ojos
Al poeta morisco dirigiendo;
Y ese es mi Dios que desde su albo trono
Dirige el sol, la luz, da las estrellas
Y derrama las lluvias y el rocío,
Puebla el campo en abril de flores bellas



Coronando de espigas el estío.
El aquieta la mar, reprime el viento
O de su justa ira
Lo trasforma en mortífero elemento,
El promueve ó acaba la tormenta,
Y ardiendo en lavas el volcan revienta
Al menor soplo de su altivo aliento.
Y ese es mi Dios, quien con afan prolijo
Su sangre á derramar, mandó á la tierra
Por nuestras culpas á su excelso Hijo.
Ese es mi Dios, cuya bondad pregona
Del Calvario la sangre aun humeante
Que de su agravio en el supremo instante
Al que le ofende su piedad perdona.
Tal es mi Dios, el solo, el infinito,
El increado, el inmortal, quien siempre
Benigno acude al afligido grito ;
Que en débil ya por bondadoso raya
Y á cuya diestra si murió contrita
Purificada en su dolor, bendita,
De la vida eternal goza Almeraya ;
Este es mi Dios, cuya bondad reflejo
En este proceder que uso contigo
Y á su infalible voluntad le dejo
Que te juzgue ó te dé premio ó castigo.
Y porque en mí, su caridad te asombre
A la venganza y al encono ajeno



De tu familia al cariñoso seno,
Yo te devuelvo en su sagrado nombre.

Dice el monarca, y en los negros ojos
Del gentil musulman el llanto brota
Y los matices rojos
Del astro de la fe, se reverberan
Sobre su escudo y su bruñida cota,
Húyese al corazon de sus megillas
Con la sangre, el carmin que las colora...
Y ante Alfonso cayendo de rouillas
De Jesucristo la clemencia implora.

— Señor, Señor, exclama, ¡oh! hijo de María
La luz de tu doctrina aclara mi razon,
Las huellas de Mahoma, no mas serán la via
Porque tu siervo marche á la eternal mansion.
Bendito el siglo sea, el año, el mes, el dia,
La hora y el instante que entró en mi corazon
Tu imágen adorada, que el alma me extasia
Y encanta, recordando tu muerte y tu pasion.

— Señor, contento corro, de tu divino templo
A las sagradas aras, del incruento altar
Y de tu siervo Alfonso, al elocuente ejemplo
Bajo tu santa enseña, me apresto á batallar.



Señor, tu muerte horrenda, con afliccion contemplo



Y pues por mí viniste, tu sangre á derramar
Con liberal trasporte mi humilde guzla templo,
Y entusiasmado empiezo tus glorias á cantar.

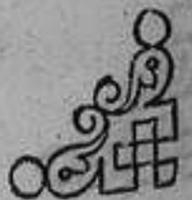
No mas darán al viento sus cuerdas orientales
Eróticos sonidos que inviten al placer,
Ni cantarán mis labios historias terrenales
De lúbricos amores, que inspire la mujer.
Quiero ceñir mis sienes, de palmas inmortales,
Quiero en tu fuente santa la inspiracion beber,
Y el humo de mi incienso, que suba en espirales
Hasta el ebúrneo trono, de tu supremo ser.

Y miro con trasporte ¡oh! hijo de María
La luz de tu doctrina que aclara mi razon,
Las huellas de Mahoma, no mas serán la via
Porque tu siervo marche á la eternal mansion;
Bendito el siglo sea, al año, el mes, el dia,
La hora y el instante, que entró en mi corazon
La imágen adorada, que el alma me extasía
En ella contemplando tu muerte y tu pasion.

De esta conquista la gloriosa palma
Mas que mil triunfos por el duro acero,
Del gran Alfonso satisfizo el alma,
Y el colosal guerrero,
Con el prez y el honor de la victoria
Y rodeado de sus tercios fieles,

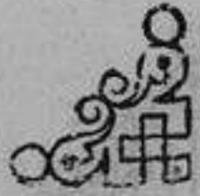
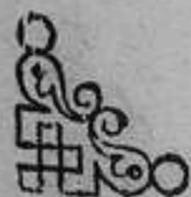


Volvióse á descansar en sus laureles
A su tierra natal, donde el encono
De su familia del poder avara,
Lazo vil le prepara
Para arrancarle con la vida el trono...
En su vuelta triunfal, palmas y flores
Halla á su paso, mas la sierpe oculta
Tras sus hojas no ve... que los traidores
Las sanguinarias hienas
Que hoy le tendieran el infame lazo,
Están ocultos en su real regazo,
Llevan la sangre de sus propias venas.

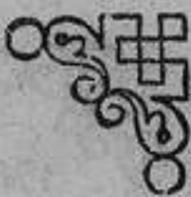




CANTO QUINTO







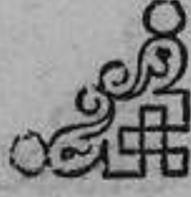
CÁNTO QUINTO

I

GIMENA.

¿Cuándo el genio encontró sobre la tierra
El fruto de su afan y su desvelo.
Sino la envidia y su mezquina guerra?
Do quiera gime la virtud en duelo,
Que al honrado y al sabio con encono
La malicia persigue,
Solo la intriga colocar consigue
Entre los hombres su ominoso trono ;
Vemos á Scipion que se levanta
Cuando el gemido de su patria escucha,







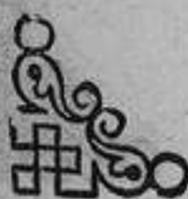
Y en su defensa contra Anibal lucha
Y de Cártago la cerviz quebranta,
Y en premio, por la envidia perseguido
Al generoso vencedor de Zama,
Condena Roma al eternal olvido ;
Vive el pueblo romano
Bajo el cuidado paternal y el cetro
Del prudente y benigno Diocleciano,
Mas ingrata tambien se insurrecciona
Y de su noble frente la corona
Galerio arranca con astuta mano.
Wamba á su pueblo á la victoria guia
Y próspera florece
La turbulenta goda monarquía ;
Como emblema de paz, la oliva crece
En las sienes de Wamba, dó la brisa
Con los laureles de sus triunfos mece ;
Mas siembra la discordia
Paulo, de Wamba en el tranquilo estado,
Le narcotizan, y al volver del sueño,
A Ervigio encuentra del imperio dueño,
Sobre su trono de marfil sentado.

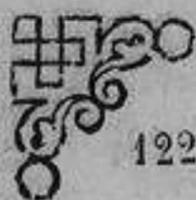
Así tambien cuando dormir debiera
Sobre el verde laurel de la victoria ,
El gran Alfonso y plácido entreviera
La imágen ilusoria





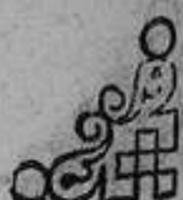
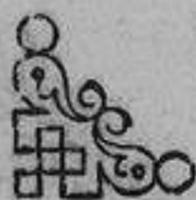
De un bello porvenir, la sierpe impia
Que acalorara en su amoroso seno
Cautelosa y feroz se revolvía,
En él vertiendo su letal veneno.
De su belleza entre las gayas flores,
La víbora maligna se ocultaba
En su labio infernal brindando amores,
Gimena, del monarca era embeleso
Y en recompensa de su amor ferviente,
Ella, de Alfonso en la tranquila frente
Daba cual Judás, fementido beso.
Que de sus hijos la traidora madre
Despierta la ambición, los induciendo
Contra el respeto y el amor al padre,
Y este feroz encono
Que en su prole derrama,
En rebelión al corazón inflama
Del heredero natural del trono.
Nuño Fernandez, el indigno conde
De la leal Castilla,
Cuyo maligno corazón responde
A todo vil acento,
Con García su yerno se coliga,
Y esposa, hijos y vasallos juntos,
El pendón alzan de tan negra intriga (11)
Con espantoso estrépito revienta
Bajo el trono el volcán, á cuyo eco





La plebe acude cual pantera hambrienta
Sobre su presa, que gozar ansia
El menguado botin, que la victoria
En la intestina lucha le prepara
E ingrata á su monarca desampara,
Mancha el pendon de su reciente gloria.

Mas nunca el peso de los años pudo
A Alfonso fatigar, que altivo late
Su corazon bajo el luciente escudo;
Audaz sale al combate
Que ha provocado tan atroz perfidia,
Y de su hueste al frente
Se presenta magnánimo y valiente
Y con sus hijos y su esposa lidia;
Al príncipe García,
A quien la sed de dominar devora
Le prenden en las calles de Zamora,
Y á segura prision su rey le envia.
Los muros de Gauzón guardan el monstruo
Al pérfido Absalon que al noble padre
Del regio trono despojar intenta;
Pero la digna madre
De este reptil, por los demás seguida
Del pueblo precedida
Y de Nuño Fernandez secundada,



Entra en Asturias; de Gauzon las puertas
Rompe insolente la rebelde espada.

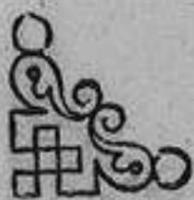
Libre una vez, del fiero pretendiente,
En el maligno corazon estalla
Su hinchada vena de ambicion ardiente;
Todos los medios convenientes halla
A su empresa rastrera,
Sorprende plazas ó cobarde corre
Y el santo velo del pudor descorre
Manchando en lodo su infernal bandera,
Amenaza y suplica
Para sus filas engrosar, talando
En su carrera cuanto va encontrando;
La propia sangre sin cesar salpica
Su rostro airado que constante asoma
Y al siniestro través de su celada,
Al pueblo lanza su feroz mirada
Como Neron á la incendiada Roma.

Dos años iban ya de interior guerra,
De la devastacion el genio impio
Sobre la hispana tierra
De sangre hermana derramaba un rio;
La árabe raza en tanto
Próspera, sin temor se enseñorea
Y alegre eleva á su profeta un canto



La ocasion viendo de cumplir su idea.
El gran Alfonso que en peligro mira
A la patria y de Dios la causa santa,
De Boides al palacio se retira
Y en silencio dep'ora
Los desmanes, los crímenes y horrores,
De su familia, y angustiado llora.
No puede maldecir al infiel hijo
A quien la vida dió, no quiere el seno
Tampoco maldecir, do le engendrara
Y de ternura lleno,
De su buen corazon lanza el veneno
Y entre los brazos de la Cruz se ampara.

Lucha interior su corazon sostiene
Que grande y santa abnegacion exige
El pensamiento que en su mente tiene;
Hondo pesar le aflige,
Que el barro y el espíritu luchando
Están al par, porque el monarca es hombre
Y piensa acaso mancillar su nombre
Si no perece con teson lidiando;
Una mañana en fin, se abre su boca
Y da paso á la idea
Que en pro de todos realizar desea;
A las Córtes convoca
De sus reinos, y al par benigno llama





A sí á sus hijos, que apagar pretende
De la intestina rebelion la llama.
La voz del rey se extiende
Por la nacion, mas su proyecto nadie
Sospecha ni sorprende.
Trascurre el tiempo y su prudente labio,
Para indicar su plan no se despliega
Y en vano el mundo á adivinarlo llega,
Que es su severo guardador un sabio.

11

ABNEGACION DE ALFONSO.

Aparece por fin la luz del dia
Por el rey señalado,
Para en su córte hablar; se reunia
A la sazón la cámara en su alcázar;
La familia de Alfonso, en el paterno
Hogar era hospedada;
Pálido el padre tierno
De esta dura familia rebelada,
Con planta vacilante
Penetra del palacio en la capilla
Y enjugando el sudor de su semblante,
— Señor dice, doblando la rodilla





Ante un gran crucifijo
A quien contrito y con fervor se humilla,
Señor repite contemplando fijo
A él por nosotros con afrenta muerto,
Mi amado pueblo me abandona ingrato
Mas yo Señor tu voluntad acato,
De los olivos en mi triste huerto.

— Con tu imperiosa voluntad conforme,
Soberano Señor, no me doblego
De mis tormentos bajo el peso enorme
Y con lágrimas riego,
La senda porque el hado me encamina.
Pero no la ambición causa mi lloro
Que trocar quiero mi corona de oro
Por la corona de punzante espina ..
Me deshago del cetro, sin encono
Hacia el usurpador, antes desciendo
Sin sentimiento de mi egregio trono.
Es mi régia misión ya terminada
Del manto real sin pena me desnudo,
Mas guardo el casco y el brillante escudo
Guardo Señor, para lidiar mi espada.
Aun quiero batallar, á tu enemigo
Quiero acosar, en su postrer trinchera
Y como siempre, te veré conmigo
En lo mas fuerte de la lucha fiera.



Y el vencedor de Orbigo y de Zamora
Pancorvo y Cillorico
Mira su acero y conmovido llora.
— Yo, prosigue, Señor, yo te suplico
Que al pueblo que ha lidiado valeroso
A mi lado por tí, colmes de gloria,
Que benigno le des dicha y reposo
Y su nombre inmortal, brille en la historia.
Se alza el monarca y el altar dejando
Se dirige á un salon, dó con zozobra
Las Córtes aguardando
Están á la sazón, él aparece
Y la ansiedad de conocer su intento
Entre el concurso por instantes crece.
Toma en el trono asiento
En cuyas gradas sus ingratos hijos
Confundidos están, sin movimiento
Y con los ojos en el suelo fijos ;
En secreto trabaja la impaciencia
A cada corazón, á quien reprende
La poderosa voz de la conciencia,
Todo del labio del monarca pende.

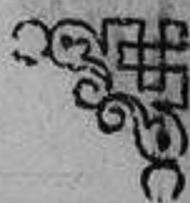
— Córtes del Reino, exclama, (12)
La excelsa monarquía
A mi hijo primogénito Garcia
Sobre mi trono combatido llama.



Yo de este pueblo ambicioné la gloria
Y el bienestar, cual hora la ambiciono
Bajo sin pena de mi regio trono,
A mi y al pueblo juzgará la historia.
— Ven hijo mio, cariñoso dice
Al hijo ingrato, la real diadema
Asiendo á un tiempo con la noble mano,
Ciñe este distintivo soberano
Cuyo siniestro resplandor me quema.
Vistelos pues como conviene á un hombre
Que en la guerra nació !... lidia valiente
Muéstrala pues en la española frente
Digna por siempre de tu ilustre nombre.
Esto dice mostrándole en la diestra
Su corona gloriosa ;
El concurso se muestra
Sorprendido de accion tan generosa,
Y súbito se inflama
De Alfonso el Grande en el rebelde hijo
De su filial amor, la santa llama
Y al corazon de sus hermanos luego
El corazon latiente de García,
Les comunica el generoso fuego.
Hondos suspiros de sus pechos brotan
Y ante las plantas de su padre caen
Como las hojas que en la rama azotan
Los aquilones, á su faz anegan



Lágrimas dulces, que del pecho arranca
Con que las plantas del monarca riegan.
A sus piés abrazados
Ruegan de Alfonso los sumisos hijos
Que por siempre gobierne los estados.
A tan sublime idea
Entre aplausos y muestras de alborozo
Generosa se asocia la asamblea,
Mil lágrimas de gozo,
Se miran resbalar por las megillas
De los que asisten á tan tierna escena;
Tambien el llanto del monarca asoma
A la serena faz, que rasgos toma
Que expresan toda su angustiosa pena.
Péro no obstante con teson rechaza
Toda proposicion, y ante Garcia
Depone el cetro; con amor lo abraza
Le da su bendicion, el llanto crece,
Y en tanto del salon desaparece
El gran Alfonso, cual del albo cielo
Desaparece el sol, cuando la noche
Envuelve al mundo en su medroso velo.
— ¿A dónde Alfonso va? con su mirada
Pregunta cada cual, al que halla en torno;
Por siempre ya de su invencible espada
No mas veremos el fulgente brillo
Terror eterno de la raza mora.



¿Dó va el bravo caudillo,
Que en Pancorvo luchó como en Zamora
Derrotando los bárbaros infieles?...
Acaso á reposar en sus laureles.

Nunca el genio creyó que hizo bastante
Ni el réposo comprende
Ni necesario es; siempre anhelante
El águila al volar su vista tiende
Y procura dejar lejano el suelo;
Así tambien Alfonso se levanta
Mas alto que el dolor que le quebranta
Buscando alivio en la mansion del cielo.

Toma la láctea via
El sepulcro á buscar de Santiago
Con la lumbrera de su fe por guia;
A sus umbrales llega
Donde constante se le ve de hinojos,
Que con el llanto de sus tristes ojos
La helada tumba del apóstol riega;
Y en este sitio que á pensar convida
Y á los ardientes corazones templa
Alfonso el Grande sin cesar contempla
Lo deleznable de la humana vida,
Recorre su memoria,
Del que ya muerto, batalló en Clavijo



La refulgente y militar historia,
Siente su corazon entusiasmado,
Siente en fin á su labio devorado
Por viva sed de conquistar la gloria.
Fuentes de inspiracion son al poeta
Los sitios donde Homero respirara ;
Sobre el sepulcro de Virgilio, inquieta
De laureles avara
Del trovador encuéntrase la mente ;
Y el altivo guerrero
Halla á la vista del brillante acero
De temeraria inspiracion la fuente.

III

CONCLUSION.

Así este gran monarca destronado
Rejuvenece un dia
A las orillas del sepulcro helado,
Que los restos encierra
De aquel santo soldado
Que ante su Dios se distinguió en la guerra ;

Siente en su brazo renacer el brio,
De su pasada juventud lozana
Como al beber el cándido rocío
De la fresca mañana,
La flor renace que agostó el estio.
Viste sus armas y á la córte guia
Su portentoso vuelo,
Y en las gradas del trono que alzó un dia
Sobre sus hombros hasta el albo cielo,
Se arrodilla sumiso ante García
Y con voz agitada :
— Mi hijo, rey, señor, dice el anciano
Acariciando el pomo de su espada
Con su aun robusta vigorosa mano ;
Dispensa pues si hasta tus plantas llego
Tu atencion á ocupar; benigno escucha
Hijo del alma de tu padre el ruego :
¡ Yo en la guerra nací!... Crecí en la lucha...
De nuestros montes en los antros huecos
Huyendo de la infame media luna.
Mi madre me arrulló, y ¡ ay! en mi cuna
Me despertaron del clarin los ecos.
Por Dios y por la patria, en liza horrenda
Mi juventud pasé, lides soñando
Al solo abrigo de la agreste tienda,
Y sobre el lecho blando,
Aun huye el sueño de mis tristes ojos,

La oliva de esta paz júzgola abrojos...
No sé qué nuevo impulso me arrebató
A renovar mis áridos laureles,
Amo la paz, mas nunca con infieles;
Amo la paz, pero la paz me mata.
Déjame pues brillar, por vez postrera
Quiero humillar la enseña de Mahoma,
Dó por mi Dios y por la patria muera
Cual hijo digno de la raza fiera
Que impuso leyes á la altiva Roma.

Le alza del suelo el hijo cariñoso
Y en la honradez del padre confiando
De un cuerpo numeroso,
De su ejército real le encarga el mando.
Sale á campaña, invade la comarca
De la imperial Toledo
Y de su infiel monarca,
Llena el rebelde corazón de miedo,
Desvasta las campiñas y montañas
En su marcha triunfal, mas busca en vano
Su objeto de lidiar el bravo anciano,
Por la grande extensión de las Españas,
De su dicha la imagen ilusoria
Contempla á su pesar siempre en huida,
Quiere en la liza terminar su vida,



¡Quiere en el campo perecer con gloria!
Derrotados y en fuga los infieles
Vuelve á Zamora á su placer cargado
De copioso botin y de laureles,
Y en solitario albergue retirado,
Cuelga la espada y el brillante escudo
Que luengos años con honor vistiera...
Y sobre el lecho sin pavor espera
Lograr la dicha que en la lid no pudo;
Resuenan sus suspiros en el cielo,
Triste llanto derrama
Y para fin de tan amargo duelo
Dios á su seno paternal le llama.

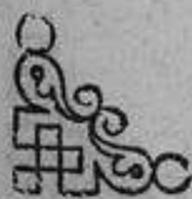
Repentina fiebre ardiente
Invade su cerebro atormentado
Un copioso sudor baña su frente,
Su corazon cuitado,
Fuerte otro tiempo como recia roca
Late desfallecido
Y un agudo gemido
Constante exhala su entreabierta boca...
Huye la luz de sus turbados ojos
Con un rudo estertor lucha en el lecho
Y sordo como un eco subterráneo,
Un lejano rumor se oye en su pecho

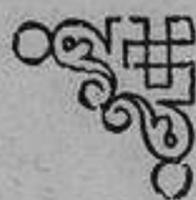




A que le sigue silenciosa calma,
Y entre los pliegues de gloriosa nube
A los piés del Señor, rápida sube
De Alfonso el Grande la contrita alma.

FIN.





NOTAS HISTORICAS.





NOTAS HISTORICAS.

(1)

FLORINDA.

Mariana y Ferreras adoptan como hecho auténtico el poético episodio de la hija de Don Julian.

El rey la perseguia con su amor, pero ella, segun dice la *Crónica del rey Rodrigo*, siendo dama de honor de la reina, no queria serle infiel.

Conde y los historiadores modernos, no admiten la veracidad del hecho, y creen que la traicion de Don Julian, fué causada por una grave ofensa que el rey le habia hecho.

La *cava* quiere decir mujer de mala vida, en lengua árabe

(2)

BATALLA DEL GUADALETE.

Tanto se ha escrito sobre esta célebre y desgraciada batalla, y tantas son las versiones de los historiadores, que he creido debia poner una corta nota.



Sériamente alarmado Rodrigo por las noticias del desembarco de los árabes, reunió 80,000 hombres, y con este respetable ejército marchó contra los invasores; pero la traición seguía sus pasos.

Los dos ejércitos se encontraron, segun *Mariana*, en noviembre 714, segun *Ferreras*, en setiembre; este error proviene sin duda del arzobispo Rodrigo, que contó por años solares los años de la egira. Segun Conde y Pagi, fué el 26 de julio 714 cuando tuvo lugar la batalla, en la llanura donde hoy se levanta *Jerez de la Frontera*. La batalla duró tres dias, y segun algunos historiadores siete. Rodrigo, vendido, vencido y abandonado de todos los suyos, se despojó de sus insignias reales dejándolas en las orillas del Guadalete, donde pereció ó buscó un auxilio en Portugal; porque en la crónica de *Alfonso el Grande*, dice que en una iglesia de Viseo, no lejos de Coimbra, habia encontrado una antigua tumba con esta inscripcion: *Hic jacet Rodericus ultimus rex Gothorum*: aquí yace Rodrigo, último rey de los godos. Así concluyó el poderoso imperio godo, y una traición dió entrada en España á los moros.

(3)

ALFONSO EL CASTO.

La vida de Alfonso el Casto tiene mucha analogia con la del gran Alfonso; fué despojado del trono y se refugió en Alava como su predecesor. Su espada nunca permanecia largo tiempo sin desenvainarse contra los moros, y su reinado fué una larga série de victorias. Mahumet ben abd el Ghebir, jefe de los rebeldes de Mérida, se refugió en su córte, donde vivió siete años, hasta que ingrato con Alfonso, llamó los árabes á Galicia, pero el rey asturiano le opusó fuerte resistencia, y Mohammed ó Mahumet pereció en el combate. Alfonso fundó el obispado de Oviedo y consagraba á las artes los productos de la guerra. Su primo Ramiro le sucedió.

(4) USURPACION DE FRUELA.

Muy jóven aun el rey Alfonso fué destronado por un conde de Galicia llamado Fruela, el que obligó al rey á refugiarse en Alava, pero el *senado*, es decir, los condes del palacio de Oviedo, asesinaron al usurpador y llamaron al rey legítimo, segun dice el monje de Silo.

(5) CONSPIRACION CONTRA SU VIDA.

La historia tiene varias versiones sobre este acontecimiento. Segun unos fueron hermanos de Alfonso quienes se sublevaron, pero no es creible, pues que la vida de Ordoño no hace mencion sino de Alfonso como hijo único. Lo mas probable es que sus parientes Fruela, Nuño, Bermudo y Odoario, conspiraron contra su vida, y segun las leyes de aquella época, les fueron sacados los ojos, y solo Bermudo se escapó aunque ciego.

(6) LEVANTAMIENTO DE ALAVA.

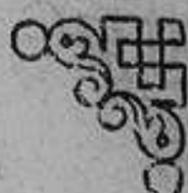
Segun la crónica de Albelda, se levantó dos veces el pueblo alaves, una antes de la conspiracion de Fruela y Nuño, y otra despues; en las dos, Alfonso sofocó la rebelion y volvió triunfante á Oviedo.

(7) GIMENA.

Gimena, segun varios historiadores, era hija de los reyes de Navarra, segun otros su padre era el conde de Bigorre, y Alfonso le dió la Navarra, como tributario suyo. *Escargorta* dice que era hija de Don Sancho Iñigo Arista, primer príncipe de Navarra.

(8) EL TERREMOTO.

Conde dice que el 25 de mayo 880, tembló la tierra, se hundieron palacios, edificios, pueblos enteros, se abrieron



los peñascos y el mar se retiró de las costas; las fieras espantadas dejaron sus madrigueras y los pajarillos huían aterrados; los sencillos campesinos abandonaban sus hogares y salían al campo creyendo que la Providencia mandaba un castigo á los terribles invasores. Alfonso habia continuado sus victorias y era el terror de los moros; habia tomado á Atienza, á Lenza, Astorga, Ventosa y Coimbra en Portugal, derrotó á Almondhir en Polvorosa, y su ejército fué derrotado y el campo quedó tinto en sangre musulmana: tuvo lugar esta batalla en 879, á orillas del rio Orbeo.

(9) BATALLA DE ZAMORA.

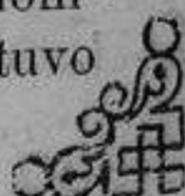
La paz hecha con Mohammed ó Muhammet por Alfonso duró tres años, es decir, hasta su muerte.

El corto reinado de Almondhir, ocupado de la guerra contra súbditos rebeldes, pasó sin intervenir en guerras contra Asturias; en el reinado de su sucesor Abdallah duró la paz algun tiempo; pero en 901 uno de los jefes del rebelde Hafsun, Achmet Aboul Khasem ben al Kath, llamado por los españoles Alchaman, quiso castigar á Alfonso por la tregua que habia acordado al emir de Córdoba.

Entró en el territorio de Zamora á la cabeza de 60,000 hombres, compuestos de rebeldes.

Los alcaldes musulmanes pidieron socorros al emir de Córdoba y al temido y valiente rey de Asturias Alfonso el Grande, del cual imploró el apoyo Abdallah. Alfonso corrió á las campiñas de Zamora y ganó la batalla quedando el rebelde Abul Khasem en el campo con todo su ejército, segun el historiador Sampiero. Se ve que ya en aquella época los emires necesitaban del apoyo de los reyes cristianos, y que poco á poco perdian terreno de su rica conquista.

Sandoval dice que en 937 el rey Alfonso fortificó á Zamora. *Zamarem*, en árabe, significa *negra*, y tambien saca el nombre de una piedra. El victorioso *Adfunsch* (Alfonso III) tuvo



que luchar al principio de su reinado con la sabiduría de Muhamet, uno de los grandes emires de Córdoba, que estaba ayudado por su hijo Almondhir, con los cuales firmó la paz, y ya se ve que continuaba en el reinado de Abdallah, puesto que le prestaba apoyo.

(10) LA MEZQUITA DE CORDOBA Y AZZAH RAT.

La mezquita de Córdoba ó *aljama* fué empezada á construir por Abd el Rhaman I, de la raza de los Omyades. Fué construida por el modelo de la de Damasco, y aun hoy se admiran las preciosas columnas de mármol, hoy que el verdadero Dios la ha prestado sus divinos rayos.

Abd el Rhaman trazó el plano de aquella maravillosa obra, que contaba cuarenta naves de Oriente á Occidente, y que se abre de cada lado por nueve puertas. Murió antes de verla concluida.

Varias de las ricas columnas fueron llevadas despues á Granada, y hoy no existe sino una pequeña parte.

En el reinado de Abd el Rhaman III, sucesor de Abdallah, fué cuando se construyó el magnífico palacio de *Medinah Azzahrat*, por complacer á una sultana favorita llamada *Azzahrat* (la hermosa).

Este gigantesco alcázar, del que hoy no quedan ni aun ruinas, tenia, segun dicen los antiguos historiadores, 10,000 puertas, 4,300 columnas de mármol blanco de Almeria, rayado de Zya, color de rosa y verde de Apikia y Cártago.

Hartwell hace una minuciosa descripcion de esta ciudad y palacio de mármol, de tal modo que la imaginacion se trasporta á los mágicos confines del Oriente. Las salas estaban embaldosadas de mármol de diferentes colores; las paredes cubiertas de mosaicos y mármol; los techos de cedro tallado, pintados de oro y azul y con preciosas cinceladuras. En el centro de cada sala, una fuente prestaba su frescura en conchas de mármol. El baño del *Khalifa* estaba sem-

brado de piedras preciosas. Doce animales de oro macizo le rodeaban. Un cisne de oro nadaba en aquel rico baño, y del centro del techo pendía una perla de un valor inmenso, que el emperador griego Leon había regalado al khalifa Abd el Rhaman III.

Los jardines, plantados con arte maravilloso, encerraban ricos árboles frutales, pero sobre todo laureles, mirtos, naranjos; pequeños lagos prestaban su frescura, y en el centro de los jardines, se levantaba un pabellon sostenido por columnas de mármol, los tapices tejidos de oro y seda estaban bordados de flores.

Una multitud de preciosos edificios engalanaban la población.

Cuando la hermosa Azzhrat fué á tomar posesion de aquel recinto encantado, que su real amante habia construido para ella, su lindo semblante se anubló y la desagradó el contraste de aquella ciudad de mármol, con el verde sombrío que tapizaba las laderas de la montaña. « Señor, le dijo al khalifa, no has reparado que esta hermosura se halla en los brazos de un negro. »

El enamorado monarca no pudiendo allanar la montaña, la hizo cubrir de higueras, almendros y flores.

(11) CONSPIRACION DE GARCIA.

Los cuatro hijos de Alfonso, García, Ordoño, Fruela y Gonzalo, excitados por su madre doña Gimena, mujer ambiciosa y ávida del poder, levantaron el estandarte de la rebellion; pero Alfonso batió al rebelde y lo hizo encerrar en el castillo de Ganzo ó Gauzon.

Pero Nuño Fernandez, suegro de Garcia, facilitó su evasion, y la guerra continuó por espacio de dos años.

(12) ABDICACION.

Dos años hacia que continuaba la guerra civil, y Alfonso,

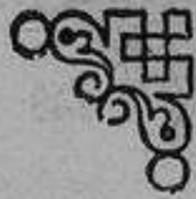
temiendo que los moros aprovecharan de la guerra intestina, decidió dar la mejor muestra de su grandeza de alma, y en 910 convocó las córtes de su reino, segun dice Ascargorta, y pronunció estas célebres palabras.

«La felicidad de mi pueblo ha sido el único objeto de los trabajos y fatigas de mi largo reinado; mi conducta no sera nunca desmentida en lo sucesivo. Llamais á García al trono; yo le cedo la corona y doy la soberanía de Galicia á Ordoño, y la de Oviedo á Fruela.» Segun otros historiadores, su hijo le arrancó la corona, excitado por la infame Gimena. El gran Alfonso hizo una peregrinacion á Santiago, cuya iglesia fué construida por él, segun Flores, tomo XIX, pág. 336.

Los impuestos reales y los diezmos eclesiásticos fueron establecidos por Alfonso; con este motivo Galicia se levantó, los principales culpables fueron condenados á muerte y sus bienes confiscados y destinados á fundar la iglesia de Santiago de Compostela.

Su último triunfo fué contra los moros de Toledo, mandados por el rebelde Caleb ben Hassem, para lo cual el grande y victorioso monarca, pidió permiso á su hijo García, para ir á combatir por la última vez.

FIN DE LAS NOTAS.



INDICE.

PREFACIO.....	1
DEDICATORIA A S. M. la reina.....	5
INTRODUCCION.....	11

CANTO PRIMERO.

I. Reseña histórica.....	23
II. Usurpacion de Fruela.....	35

CANTO SEGUNDO.

I. Vuelta de Alfonso al trono.....	45
II. Batalla de Zamora.....	57
III. El poeta cautivo.....	62

CANTO TERCERO.

I. La tienda del rey.....	69
II. Almeraya.....	75
III. La serenata.....	82





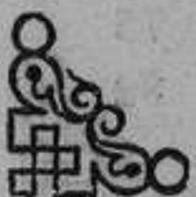
CANTO CUARTO.

I. Alfonso victorioso.....	95
II. El rapto de la sultana.....	100
III. Dos conversiones.....	111

CANTO QUINTO.

I. Gimena.....	119
II. Abnegacion de Alfonso.....	125
III. Conclusion.....	131
NOTAS HISTORICAS.....	139

FIN DEL INDICE







SEÑORA
M^{TE} WILSON

ALFONSO
EL GRANDE

